

# CRISTIANIDAD

## Exhortación de Su Santidad Pío XII

a los nuevos sacerdotes del Pontificio Colegio Español



### Ante Jesucristo Crucificado

por el P. Roberto Cayuela, S. I.

### La Pasión, según el mismo Jesucristo

por el P. T. Láutico, S. I.

### J. L. Martín Descalzo y su novela

por el P. Teófilo Aparicio, Agustino

### Barrabás

por José Vives Suriá

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual - Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

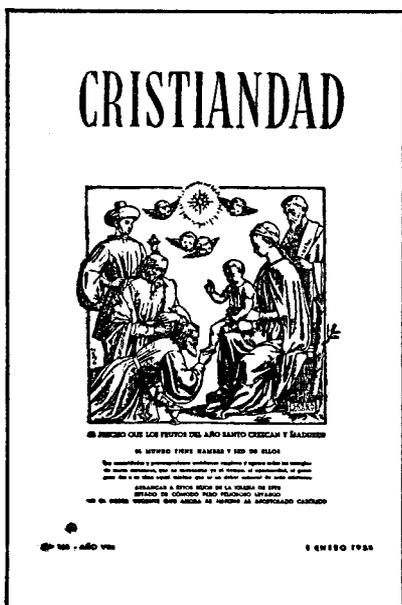
Número ordinario . . . . . 7'50 ptas. Encuadernación revista. . . . . 25'00 ptas.

Colecciones encuadernadas desde abril de 1944, fecha en que se inició la publicación

**LECTOR:** Si quieres apreciar el valor de **CRISTIANDAD** a fondo, guarda los ejemplares y encuadérnalos a fin de año.

La colección completa de la Revista en la Biblioteca de tu hogar te ofrecerá una valiosa fuente de consulta.

Pueden remitir a esta Administración, Diputación, 302, 2.º, 1.º, los ejemplares, o bien llamar al teléfono número 22 24 46.



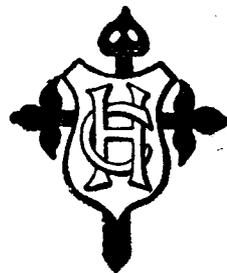
La mejor adquisición  
para su  
Biblioteca.

El mejor regalo

Un tomo en «Ediciones Encuadernadas»

PRO  
MISIONES  
CATOLICAS

OREMOS  
PRO FAMILIA CRISTIANA



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA  
DEVOCION A LOS SAGRADOS  
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

## SVMARIO

### EDITORIAL

*El valor de lo externo*, por C. F., págs. 113 y 114.

### DEL TESORO PERENNE

*Los sacerdotes romanos podrian considerar como su función peculiar la de servir de fieles resonadores de toda palabra salida de Roma*, exhortación de S. S. Pío XII a los nuevos sacerdotes del Pontificio Colegio Español, págs. 114 y 115.

### PLURA UT UNUM

*Ante Jesucristo crucificado. Una muerte vencida por otra muerte*, por el P. Roberto Cayuela, S. I., págs. 116 a 119.

*La Pasión, según el mismo Jesucristo*, por el P. T. Láutico, S. I., págs. 120 a 122.

*El Getsemaní de la Virgen*, por María Asunción López, págs. 123 y 124.

### EL BIELDO Y LA CRIBA

*José Luis Martín Descalzo y su novela «La frontera de Dios»*, por el P. Teófilo Aparicio López, agustino, págs. 125 y 126.

*Barrabás*, por José Vives Suriá, págs. 126 y 124.

### DE ACTUALIDAD

*De la quincena política. Leyendo y brujualeando*, por José-Oriol Cuffi Canadell, «Shehar Yashub», págs. 127 y 128.



### NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

## El valor de lo externo

Hoy desconfiamos de las apariencias externas. Queremos asegurarnos de la autenticidad de las cosas y de los hombres, de los gestos y de las actitudes. Cuando la vistosa realidad que aparece de puertas afuera nos sorprende, tenemos necesidad de comprobar, por nosotros mismos, si esa sensación de agrado ha de acompañarnos también en nuestro posible viaje de puertas adentro. Y es que hemos visto demasiadas veces como la esponjada tierra de nuestros optimismos volviase parda y bronca por efecto de los desengaños.

Ahora, en estos días santos, en que la piedad que, a lo largo de todo el año, parece no atreverse a salir de los templos, se desborda por las calles y se hace música y resplandores, color y fragancia en el cortejo de los severos caminantes que abren paso al Nazareno y a su Santísima Madre, la Virgen Dolorosa, a través de cirios que parpadean en las sombras y en medio de silencios adormecidos por los tambores, y que despiertan sobresaltados a los ayes lastimeros de la saeta, el tema de lo externo religioso, en cuanto síntoma de reales interioridades, adquiere indiscutible vigencia.

Admitida la existencia del síntoma, nos parece que importa, antes que nada, evitar la sugestión de diversos elementos, que en bastante ocasiones aparecen simultáneamente con aquél, pero que, en definitiva, presentan distinta motivación. Sí; un sentido comercial de la vida, incapaz de detenerse reverente ante las cosas santas, puede explotar en interés del afán de lucro, la grandiosidad realmente impresionante y, sobre todo, desconocida para gentes de otras latitudes, que reviste en nuestro país la celebración de la Pasión del Señor. En otro orden de cosas, se cita la desproporción existente entre el fervor religioso colectivo de unos días — muy pocos — y la frialdad, asimismo colectiva, de la mayor parte del año.

Por lo que hace al primer hecho, nadie duda de su escaso valor en orden a emitir un diagnóstico, en cualquier sentido, sobre la religiosidad de los españoles. En último término, todos han de hallarse contestes en afirmar que el hecho de que el sentido comercial intente — y lo consiga, por supuesto — sacar provecho de mil maneras, de lo que, por referirse a lo más sagrado, no se presta a ninguna especulación de tipo económico, demuestra a las claras el empuje y la trascendencia social que tiene en sí misma la manifestación religiosa.

Las consecuencias que se extraen del segundo de los hechos a que aludíamos, son distintas, según sea el punto de vista crítico en que nos coloquemos. En esta materia, como en todas, se dan dos clases de críticas: positiva la una, y negativa la otra, naturalmente. La crítica positiva es la que se encamina a remediar el mal que contempla. La crítica negativa es la que, para que desaparezca el mal, que se enrosca a manera de hiedra en el bien, parece como si no dudara en contribuir a que se destruya de algún modo ese bien. La primera es crítica sincera, veraz, y, por ello, optimista en el más justo y eficaz de los sentidos. La segunda es una crítica amarga, que, sin pretenderlo, llega en la práctica a las mismas conclusiones que sienta otra crítica despiadada

# LOS SACERDOTES ROMANOS PODRIAN CONSIDERAR COMO SU FUNCION PECULIAR LA DE SERVIR DE FIELES RESONADORES DE TODA PALABRA SALIDA DE ROMA

Exhortación de S. S. Pío XII a los nuevos sacerdotes del Pontificio Colegio Español

*El 21 de marzo último, el Santo Padre, en audiencia especial en la Sala del Trono, recibió a un grupo de nuevos sacerdotes del Colegio Pontificio Español, acompañados de sus respectivas familias, venidas a Roma con motivo de su sagrada Ordenación.*

*Al frente del grupo figuraban el Rector del Colegio, Monseñor Jaime Flores, Vice-rector Rdo. Juan Sánchez, Director espiritual Rdo. Antonio Navarro, y otros superiores del Colegio.*

*El Augusto Pontífice, que fué recibido con entusiastas manifestaciones de homenaje filial, se digno dirigir a los noveles sacerdotes una exhortación paternal llena de fervidos augurios para el sagrado ministerio que aquellos han de desempeñar, y cuyo texto, traducido de «L'Osservatore Romano», reproducimos a continuación:*

Con la misma puntualidad con que la primavera ofrenda a la tierra el esplendor de sus olorosas flores, promesa cierta de sus sabrosos frutos, Nuestro queridísimo Colegio Español de San José, en esta primavera de las almas, que es la proximidad de la Pascua, ofrece a la Iglesia y a la Patria esta floración maravillosa, esta seguridad de preciosísimos frutos que son los nuevos sacerdotes, corona y premio de toda una larga actividad que tiene en ellos su objeto principal y su más digno remate.

Y este año os ha correspondido precisamente a vosotros, hijos amadísimos, como bien Nos lo están diciendo esos rostros radiantes, esos ojos empañados por las lágrimas y esas manos, donde se siente todavía fresca la suavidad de una unción que ha penetrado hasta lo más profundo de vuestros espíritus. *“Magnificat anima mea Dominum... quia fecit mihi magna qui potens est”*; porque de tantos como acaso fueron un día copartícipes de vues-

tras primitivas ilusiones, de tantos como puede ser que hayan dado al mismo tiempo los primeros pasos en los umbrales del santuario, de tantos como se habrán arrodillado junto a vosotros en los bancos de la capilla o se habrán sentado a vuestro lado en la clase; solamente vosotros habéis llegado a la cima, habéis alcanzado la meta, no sólo por vuestra laboriosidad y constancia, por el ardor de vuestra caridad y la viveza de vuestra fe, por las ansias apostólicas que ardían en vuestros pechos, sino también, y mucho más, por la infinita bondad y misericordia de Aquel que un día os dijo *“Ego elegi vos”* (Io. 15, 16), para haceros continuadores de su único sacerdocio, ofreciendo cotidianamente el mismo sacrificio, adoctrinando a las gentes en su nombre y dispensando a manos llenas los raudales salutíferos de su gracia.

¡A Él, por consiguiente, toda vuestra gratitud y vuestro amor! ¡A Él vuestra promesa de fidelidad inquebrantable! ¡A Él vuestra oración ferviente de hoy y de todos los días, para ser menos indignos de tan alto ministerio, porque, como se expresa el Ángel de las escuelas (S. Th. 3 p. q. 22 a. 1 ad 1um.), *“sacerdos, in quantum est medius inter Deum et populum, Angeli nomen habet”*. Que los ángeles del cielo, pues, guíen vuestros pasos y os sostengan en vuestro futuro ministerio!

Al mismo tiempo que para dar oído a vuestros filiales deseos — hijos amadísimos, sacerdotes españoles que lleváis escrito en la frente el honor de haber recibido la imposición de las manos en el mismo centro de la Cristianidad —, queremos deciros en pocas palabras las que en estos momentos Nos parece que podrían ser tres caracterís-

(Viene de la pág. 113)

y falaz: la del enemigo que nos odia, y que no busca, al señalar nuestras faltas, la deseable enmienda, sino inhabilitarnos de modo decisivo para que arrastremos a otros detrás del bien que, pese a nuestras miserias, queremos obtener.

Así, donde unos descubren en el espectáculo de nuestras manifestaciones externas de piedad, inmensas posibilidades para el bien, otros contemplan la imagen triste y humillante del rutinarismo, y de las creencias sentidas más por influencia del ambiente, que por propia convicción. Estamos muy lejos de creer que en todos y en cada uno de nuestros compatriotas la participación en las solemnidades religiosas colectivas de estos días santos, responda a un mismo grado de fervor y de sincera piedad religiosa, exento de cualquier desviación y libre de grandes o pequeñas impurezas. Pero, seguimos pensando que

las grandes manifestaciones del fervor religioso obedecen esencialmente a motivos de básica religiosidad. Y que, en tal caso, nuestra tarea debe consistir, con la ayuda de Dios, en cuidar amorosamente de ese espíritu religioso, para que triunfe de las impurezas materiales que le salen al paso, y sea en sus manifestaciones externas exacto reflejo de la esencial limpidez que es condición básica de su ser.

La presencia de lo religioso en la calle es algo peculiar de nuestro pueblo. Es algo que muestra hasta qué punto sentimos los españoles que la religión de Cristo constituye la base natural de nuestra existencia colectiva, por encima de todo lo que pueda hacer pensar a propios y extraños que no siempre vivimos asentados sobre aquella base. He ahí el valor supremo que tiene lo externo en este caso.

C. F.

ticas de romanidad que pudieran distinguiros para toda la vida.

1. Y, primero, en el caso presente, romanidad podría querer decir un grado singular de perfección en todo lo que se refiere a la formación vuestra.

Escogidos ya entre los jóvenes levitas de vuestras propias diócesis, habéis podido, en esta Roma, ponerlos en contacto con unos maestros de la virtud y de la ciencia que, cada uno en su ramo, han sido igualmente objeto de una selección cuidadosa; sin hablar luego de los medios extraordinarios de preparación y de estudio que se han colocado al alcance de vuestras manos. Todo ha debido contribuir a moldear de modo eminente vuestros caracteres, a cultivar vuestras inteligencias, a ensanchar vuestros horizontes humanos y científicos y a enriquecer vuestras almas con los mejores ejemplos, las más altas lecciones, los recuerdos más sugestivos, las realizaciones más grandiosas contempladas con vuestros mismos ojos. Así, un sacerdote formado en Roma debería ser, más que ningún otro, ejemplo perpetuo de doctrina profunda y segura, espíritu dúctil y cultivado; debería ser, sobre todo, ejemplar acabado de todas las virtudes sacerdotales.

2. En segundo lugar, diríamos que, en este caso, romanidad pudiera significar también amplitud, anchura, universalidad; algo así como si romanidad fuera sinónimo de catolicidad.

Toda la Iglesia de Cristo es un cuerpo vivo, en cualquiera de cuyos miembros es fácil percibir las pulsaciones de ese caudal incontenible que son sus notas esenciales. Pero aquí, en Roma, es decir, en el corazón de este gran organismo, ¿por qué no hemos de afirmar que la corriente se percibe con mayor vigor; que se siente, que se toca esta realidad viviente, esta catolicidad que hace sitio para todos, que a todos los convierte en hermanos sin distinción de orígenes o de estirpes; esta realidad que funde a todos en un abrazo común de fraternidad inefable?

Vuestro pueblo, hijos amadísimos, aunque colocado en un rincón de esta vieja Europa, tiene conciencia también de que hoy en el mundo están resonando ya las trompetas que han de abatir los muros resquebrajados de los mezquinos particularismos, para abrir ancho campo a lo colectivo y a lo universal. Vosotros, desde Roma, con vuestro sacerdocio romano, podéis llevarle un grado más en ese tono de generosa catolicidad que, sin privarle de sus magníficas características y de sus ricas peculiaridades, sirva para incorporarle, cada vez más resueltamente, en estas corrientes de mutua cooperación, donde hoy ven muchos el porvenir y la salvación del mundo; sirva, sobre todo, para hacerle vivir, cada vez más intensamente, ese sentido católico que, cuando es menester, sabe superar lo propio para llegarse mejor a los demás, sin prevenciones contra ninguno y con la voluntad decidida de no rehuir ni siquiera el sacrificio, si fuera necesario, en aras de un bien más universal.

3. Finalmente, parece cosa clara que romanidad debería decir también sentimiento arraigado y profundo de que en Roma está el centro de la Iglesia, está el Vicario de Cristo, cuya misión es la de apacentar este rebaño universal.



Nós, que no ignoramos Nuestras limitaciones y Nuestras debilidades, creemos igualmente poder decir que Nos esforzamos continuamente por cumplir con Nuestro deber pastoral, dejando oír Nuestra palabra "*fortiter et suaviter*", "*opportune et importune*", con el corazón siempre puesto en el mayor bien de todos Nuestros hijos. ¡Ojalá pudiéramos decir con la misma verdad que Nuestra voz es oída y acogida, comprendida y aceptada, seguida y tenida en cuenta! Los sacerdotes todos, pero de modo muy especial los sacerdotes romanos, podrían considerar como función peculiar suya el no perder nunca este contacto viviente con el centro, el de servir de fieles resonadores de toda palabra salida de Roma, acercándola a las almas confiadas a sus cuidados con la misma comprensión y el mismo amor con que han sido pronunciadas.

¿Podría ser, hijos queridísimos, que fueseis la última promoción salida del viejo y glorioso Palacio Altemps? En ese caso, convendría que houraseis a la tradicional residencia, que por tanto tiempo os ha dado maternal hospitalidad, dejando siempre bien puestos vuestros nombres.

Recibís la potestad de consagrar el Pan de los Ángeles, en un momento en que la España católica se prepara para reanudar la magnífica serie de sus Congresos Eucarísticos. Sea ello como un símbolo de la renovación que, por este mismo medio, vuestro pueblo espera de vosotros.

Enhorabuena, pues, a vosotros; a vuestros hermanos, que han recibido otras sagradas órdenes; a vuestras diócesis y a vuestra patria toda. Enhorabuena a estos dichosos familiares vuestros, que si esta vez no han estallado de felicidad, es porque el Señor les quiere todavía para muchos años. Enhorabuena a Nuestro Colegio Español, que tantos consuelos continuamente Nos procura.

Y a todos, Nuestra mejor Bendición de Padre que, si algo quisiera incluir especialmente en ella, sois vosotros, los nuevos sacerdotes, con toda esa invisible legión de almas que de vuestro ministerio espera luz, sostén, gracia y salvación.

# ANTE JESUCRISTO CRUCIFICADO

## Una muerte vencida por otra muerte



magnum pietatis opus!; mors mortua tunc est, in ligno quando mortua Vita fuit». — ¡Oh grande obra de clemencia!; quedó muerta la muerte cuando en la Cruz quedó muerta la Vida». Así exclama la Iglesia al contemplar a su Esposo y Señor Jesucristo, pendiente en la Cruz, y muerto en el doloroso y afrentoso leño (1).

Y durante las dos semanas de Pasión, final devotísimo de la santa Cuaresma, llama a todos sus hijos, y les invita a que viniendo a ella desde cualesquiera sendas de la vida por donde vayan haciendo su mortal peregrinación, y reunidos con ella, vayan todos juntos como en un solemnisimo VIA CRUCIS hacia el Calvario, cantando ella, la Madre, con ellos, sus hijos:

Vexilla Regis prodeunt;  
Fulget Crucis mysterium,  
Qua Vita mortem pertulit,  
Et morte vitam protulit (2).

*La Bandera del Rey en alto ondea;  
El gran misterio de la Cruz refulge,  
Pues en ella la Vida sufrió muerte,  
Y nos dió con su muerte nuestra vida.*

Tal es el profundo pensamiento que se apodera del alma cristiana al contemplar a Cristo Crucificado: es Él la Vida; y se dignó morir para que, muerta la muerte, es decir, destruido su poder y su imperio, fuésemos todos partícipes de la misma vida de Cristo, vida sobrenatural, vida de gracia, semilla y preparación de la vida de gloria.

De este modo contemplaba San Pablo a Cristo, muerto por él y por todos sus hermanos los hombres en la Cruz. Penetraba en las entrañas de amor, es decir, en el Corazón de Jesús; y para mostrarnos la caridad inefable del Divino Salvador y exponer en toda su fuerza el beneficio de la Redención, comparaba al primer hombre con el segundo; el proceso y derivación del pecado de Adán a nosotros, con el proceso de la gracia de Cristo, que se deriva, vencedora y destructora del pecado, a nosotros por la muerte de Cristo; oponía, finalmente, la persona y la obra funesta de aquel por el que entró el pecado y la muerte en la familia humana, a la adorable Persona y a la obra dichosísima de Aquel por quien nos vino la santidad y la vida. Dice así en su Carta a los Romanos: «Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así a todos los hombres alcanzó la muerte, por cuanto todos pecaron... Y si por el delito de uno solo, reinó la muerte por culpa de este solo; y el delito de este solo es la causa de que para todos los hombres todo remate en condenación; así también por el acto de justicia de uno solo, para todos los hombres todo acaba en justificación de vida. Pues como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos justos los que son muchos; a fin de que, como reinó el pecado en la muerte, así reinase la gracia por la justicia para vida eterna, por Jesu-Cristo, Señor nuestro» (3).

Después de haber oído al gran Apóstol en este magnífico pasaje, oigamos cómo nos lo declara la Santa Iglesia con su infalible Magisterio en el Concilio de Trento, en lo que se refiere al pecado de Adán: «Si alguno no confiesa que el primer hombre, Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el Paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido, e in-

currió por la ofensa de esta prevaricación en la ira y en la indignación de Dios, y, por lo tanto, en la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte (Hebr., II, 14), es decir, del diablo; sea anatema. — Y es que lo que dice el Apóstol: por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así a todos los hombres pasó la muerte, por cuanto todos habían pecado; no de otro modo ha de entenderse, sino como lo entendió siempre la Iglesia Católica, difundida por todas partes» (4).

En resumen: Jesucristo con su muerte de Cruz destruyó el pecado de Adán, y su triple efecto de muerte: muerte del alma, muerte del cuerpo, y muerte eterna para cuerpo y alma en la condenación o perdición sin término; y nos dió lo que habíamos perdido por el pecado, a saber: la vida de la gracia, que es vida sobrenatural del alma, y la vida del cuerpo por la resurrección gloriosa al fin de los tiempos, y la vida eterna en la salvación del cielo.

Siendo esto así, y ya que Cristo muriendo por nosotros en la Cruz, irradia soberana claridad sobre los más graves problemas de la vida humana: pecado y muerte, justificación y vida; será oportuno que mientras contemplamos a Nuestro amantísimo Redentor en su crucifixión, agonía y muerte, consideremos atentamente en qué consistió propiamente el pecado de Adán, del que acabamos de oír cosas tan graves a San Pablo y a la Iglesia, y por el cual, y para remediar al mundo, perdido irremediablemente por aquel pecado, se entregó Cristo con inmenso amor a nosotros y murió en Cruz.

En los tiempos actuales se hace más necesario hablar claramente de este punto de nuestra fe cristiana, porque, dada la superficialidad de muchos y la ignorancia de los más, se oyen decir cosas muy inexactas, o muy incompletas, y aun falsas, acerca del pecado de nuestros primeros padres. En un púlpito se dijo no ha mucho que el pecado de Eva había sido pecado de vanidad femenina; y el de Adán, de condescendencia débil con su mujer...

— Ni faltan quienes al hablar de materia tan seria y grave, se chanccean maliciosamente, o se admiran ligera e ignorantemente sobre la manzana del Paraíso, significando que cómo puede ser que por haber comido Adán y Eva aquella manzana, hayan podido sobrevenir tantos y tales males al género humano.

El mismo nobilísimo afán de servir al Reino de Cristo, que es toda la razón de ser de SCHOLA CORDIS IESU y de CRISTIANIDAD, nos ha de inducir a penetrar en la naturaleza y gravedad de aquel pecado en el que tuvo su origen entre los hombres el reino opuesto, ya que, siendo el Reino de Cristo reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz; el de Satanás, el que se inició con el pecado de Adán, es todo lo contrario: reino de mentira y de muerte, de iniquidad y de maldad, de injusticia, de odio y de guerra.

\*\*\*

¿Cuál, pues, fué el pecado de nuestros primeros padres? ¿en qué consistió el pecado de ellos, y que nosotros contraemos, y se llama en nosotros pecado original? — Muchas cuestiones suscitan estas gravísimas preguntas. Limitémonos a exponer con claridad y exactitud lo que ahora más nos importa, lo que nos sugiere la contemplación de Jesús Crucificado, lo que a la luz de la divina revelación y del magisterio de la Iglesia hemos de saber: en qué consistió propiamente el pecado de Adán y Eva.

He aquí cómo lo expone el gran teólogo católico alemán de nuestros tiempos, Matías José Scheeben, en su profunda y hermosa obra «Los misterios del Cristianismo», vol. I, pág. 284: «Es preciso desconocer por completo la esencia del estado original, para creer que Eva, y también Adán, fueran impulsados al pecado por sentir una concupiscencia de los sentidos a la vista de la manzana. Ninguna concupiscencia de un bien prohibido podía agitarse en ellos sin un consentimiento previo de la voluntad, lo que ya en sí era pecado. La complacencia sensible que Eva experimentó al mirar la manzana, no fué el principio del pecado, sino consecuencia de un pecado ya cometido en su alma. El primer pecado de Adán y Eva no pudo ser sino el orgullo; orgullo parecido al del

(1) Antifona 1.ª de las Vísperas en el Oficio de la Invención (3 de mayo), y de la Exaltación (14 de septiembre), de la Santa Cruz.

(2) Himno de Vísperas del Tiempo de Pasión.

(3) Rom., V. 12; 17, 18, 19; 21.

(4) DINZINGER, «El Magisterio de la Iglesia», págs. 225, 226.

ángel rebelde, el cual se esforzaba por enzarzar a los dos en su propio pecado.»

Es lo que más brevemente dice el Doctor Eximio, P. Francisco Suárez, siguiendo a San Agustín, a Santo Tomás y a todos los Padres y Doctores de la Iglesia: «El primer pecado de Adán fué la soberbia; el pecado que fué la causa de la perdición de la humana naturaleza fué aquel pecado perfecto y completo, que se manifestó en lo exterior, según expresamente se narra en la Sagrada Escritura; el pecado que por ser principalmente interno tuvo la propiedad de verdadera aversión contra Dios y, por lo tanto, de culpa; con aquel pecado se apartó Adán de Dios y nos apartó a todos nosotros de Dios» (5).

Cuando hablan así los Santos Padres y Teólogos, suelen alegar dos pasajes bíblicos muy notables del Antiguo Testamento. El uno es del Libro del Eclesiástico, o de Jesús, hijo de Sirach (X, 14): «El origen del pecado es la soberbia; y tal fuente produce el deshonor»; y en verso precedente había dicho: «El principio del orgullo del hombre es la insolencia o apostasía de Dios, y cuando su corazón se aparta de su Creador». — El otro pasaje es del Libro de Tobías (IV, 14): «No consientas que jamás la soberbia domine en tus sentimientos ni en tus palabras; porque en la soberbia hay ruina e inseguridad; y de ella tomó origen todo desastre». Y todo el Nuevo Testamento, singularmente San Pablo en sus Cartas, nos pone de manifiesto con la luz que arroja el más vivo contraste, que si la soberbia desobediente de Adán fué la causa de todo nuestro mal, la humildad obediente de Cristo fué la causa de todo nuestro bien.

• • •

Con lo dicho queda claramente consignado el hecho de que el pecado de nuestros primeros padres consistió en la soberbia, de la que fué efecto la desobediencia o rebeldía interior, con su externa manifestación de quebrantar el precepto divino. Pero ¿cuál fué el proceso de este hecho y en qué forma concretamente se desarrolló la rebeldía? Interesa mucho exponerlo; y para ello será oportuno declarar, primeramente, los antecedentes que hay que recordar para darnos cuenta de lo que fué el pecado; además, el precepto divino; la tentación; y finalmente la caída en su aspecto interior y en su manifestación externa. Todo esto nos consta por la narración del Génesis; y conviene recordar la Respuesta de la Comisión Bíblica, de 30 de junio de 1909, acerca del carácter histórico de los primeros capítulos del Génesis, en la que se dice que «no puede ponerse en duda el sentido literal histórico donde se trata de hechos narrados en dichos capítulos que tocan a los fundamentos de la Religión cristiana, como son, entre otros..., el mandamiento impuesto por Dios al hombre para probar su obediencia; la transgresión, por persuasión del diablo, bajo especie de serpiente, del mandamiento divino; la pérdida por nuestros primeros padres del primitivo estado de inocencia, así como la promesa del Redentor futuro» (6).

Hecha esta advertencia, sigamos el plan propuesto en sus cuatro puntos.

1.º **Antecedentes en la narración bíblica para la mejor inteligencia de lo que fué el pecado de Adán y Eva.** — Con el magnífico relato, y más bien descripción vivísima de la creación de todas las cosas, demuestra Moisés (Gen., I, 1-25) el poder soberano, la sabiduría altísima y la bondad inefable de Dios, no menos que la omnimoda dependencia de todas las cosas creadas respecto de su Creador. Ya de esta narración fluye como espontáneamente que el hombre, cuya creación se relata en último lugar y para ser el príncipe de todo el universo visible (Gen., I, 26-31), debe la más plena y amorosa sumisión en humilde y rendida obediencia a quien, siendo su Creador, es su Señor tan poderoso, sabio y bueno. Bien, pues, se ve que ya en las primeras páginas de la Sagrada Biblia, al referirse la historia de la creación del mundo y del hombre, se pone de manifiesto la verdad fundamental de la religión, la ley suprema impuesta a la criatura racional, la actitud esencial del hombre ante Dios: que es de humilde adoración, de rendido acatamiento, de fiel servicio.

Siervo de Dios el hombre; pero además hijo. Porque Dios, que por ser su Creador es su Señor, quiso con una dignación maravillosa y una bondad indescriptible, ser su Padre, adoptándole por hijo con sublime adopción, al elevarle al orden sobrenatural; es decir, al destinarle a la posesión perfecta de Dios por visión intuitiva y por amor fructivo en el reino y herencia de los hijos de Dios, que es el cielo; para lo cual le preparó adornándole con la gracia santificante, con las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo, y con unos privilegios excelsos, que le constituían en el estado que se llama de justicia original, en el que, usando rectamente de su libertad, y con los medios sobrenaturales de que

(5) *De vitüs et peccatis*. Disp. 9.ª, sect. 3.ª.

(6) *DINZINGER*, pág. 2123.

Dios le había tan liberalmente enriquecido, podía y debía mantenerse en humilde y amorosa sumisión a Dios, como hijo a su Padre, y así merecer el premio eterno de la vida de gloria. Y para colmo de dichas, hizo Dios un paraíso, un vergel de delicias; y allí puso a nuestros primeros padres en una situación sobremanera feliz, pues les concedió el don de la inmortalidad, con el cual estaban inmunes de toda necesidad o peligro de morir corporalmente; el don de la integridad o inocencia, que excluía todo apetito desordenado o inclinación pecaminosa; el don de grandes conocimientos



naturales y sobrenaturales, con inteligencia preclara para perfeccionarse de día en día; el don de la exención de todo sufrimiento corpóreo y de toda externa adversidad; y el don del perfecto dominio sobre todas las criaturas inferiores para servirse fácilmente de ellas. — Y todo esto había de pasar a los descendientes de Adán y Eva; mas todo, con tal que se mantuviesen fieles a Dios, en el servicio y amor de hijos, probado con la obediencia rendida a la voluntad divina.

2.º **El precepto del Señor.** — La voluntad divina les era manifiesta a nuestros primeros padres. La conocían, primeramente, por la ley natural, que Dios les había impreso en su corazón; ley que, a la luz de un primer principio: se ha de hacer el bien y se ha de evitar el mal, les hacía ver claramente cómo este principio general se desarrollaba en otros dos: a) se ha de estimar y amar a Dios más que a todas las cosas; y b) no se ha de querer para otros lo que no se quiere para sí mismo; y en estas dos leyes veían cómo, a lo menos implícitamente, se contenía todo lo que después promulgó Dios por medio de Moisés para el pueblo de Israel, y por medio de Jesucristo para todos los hombres; es decir, el Decálogo. Además, Dios se les había comunicado con la revelación sobrenatural; y se la había confiado para que la transmitiesen a sus hijos y descendientes. A la luz divina de esta revelación veían más claramente el bien que habían de obrar y el mal que habían de evitar; y veían lo primero como muy amable, por ser grato a Dios; y lo segundo como muy aborrecible, porque lo era también a Dios. Juntamente con este conocimiento, y dado su conjunto de dones y privilegios que les constituían en tan dichosa situación, no tenían dificultad, antes mucha facilidad en hacer lo que aprehendían como bien, y en rechazar lo que aprehendían como mal.

Por otra parte, Dios les había puesto en la tierra como en lugar de prueba, donde habían de merecer la eterna posesión de Dios en el cielo, que había de ser para ellos y sus descendientes un premio, una corona de justicia, ganada por ellos con la fidelidad a Dios en el cumplimiento de su divino querer. Y como lo que era intrínsecamente bueno, les era tan sumamente fácil hacerlo, y, en cambio, lo que era intrínsecamente malo, tenían tanta facilidad en evitarlo, eso no representaba propiamente **prueba**; mayormente que los altísimos premios de la vida eterna se habían de merecer con algo que les fuese lucha o sacrificio.

Y así Dios les impuso un precepto positivo; es decir, que evitasen una cosa que, no siendo en sí mala, la habían de evitar tan sólo porque Dios se la prohibía; es decir, por el único motivo de reconocer y acatar la **autoridad** de Dios, mostrando así prácticamente que vivían bajo su dominio de Señor y Padre, como siervos e hijos fieles. La prueba, pues, consistió en una prohibición de un bien; en un sacrificio de obediencia y renuncia: renunciar a

aquel bien sensible tan sólo porque Dios así lo disponía con su soberana autoridad; prueba en la que ellos con su libre albedrío o se decidiesen por Dios obedeciéndole, o se apartasen de Dios desobedeciéndole.

El precepto divino lo consigna el Génesis en el capítulo II, versos 16 y 17: «Y ordenó Dios al hombre diciendo: de todo árbol del vergel puedes comer libremente; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no has de comer, porque el día en que comas



de él, morirás sin remedio». El precepto era claro y terminante: en medio de aquella abundancia del vergel o paraíso, debía privarse el hombre del fruto de un solo árbol, al cual se designa en el texto sagrado con el nombre de «árbol de la ciencia del bien y del mal», porque, como explica Santo Tomás (7), por los efectos que de su fruto se esperaban se había de ver si Adán optaba por el bien o por el mal.

La observancia de esta orden había de ser a Adán y Eva tanto más sencilla y fácil, cuanto que su entendimiento estaba dotado de muy altos conocimientos, y su voluntad estaba enderezada al bien muy suavemente, hallándose en posesión de tan preciosos dones de naturaleza y gracia, y debiendo por lo tanto reconocer y amar a Dios como a su único bienhechor. Un solo precepto; dado a criaturas en quienes Dios se había mostrado tan maravillosamente generoso; y fácil de cumplirse. Se comprende, pues, que Dios había de asegurar su precepto con una sanción y que ésta debía ser fuerte y dura. Lo fué: morir de muerte corporal, separándose el alma del cuerpo cuando Dios dispusiese; de muerte espiritual, y más miserable aún, apartándose Dios del alma, la cual quedaría privada de la gracia santificante, alma sobrenatural de ella; y de muerte eterna, por la condenación. Así lo ha entendido la tradición Patristica; y por esto San Agustín (8) escribe: «Cuando se pregunta con qué género de muerte conminó Dios a los primeros padres: si con la del alma, o con la del cuerpo, o con la de todo el hombre, o con la que se llama muerte segunda, la eterna, hay que responder: con todas.»

3.º **La tentación.** — Se narra en el capítulo III del Génesis. He aquí cómo se comenta en la hermosísima obra «Historia Bíblica», de Schuster y Holzammer, vol. I, págs. 109, 110: «Nuestros primeros padres, por su inocencia y santidad, no experimentaban en sí tentación ninguna; la incitación al quebrantamiento

del precepto de Dios les vino de fuera, de Satanás, el cual se sirvió de la serpiente. 'De todos cuantos animales había creado el Señor Dios, el más astuto era la serpiente'; esto es, no una serpiente cualquiera, o la especie en general, sino aquella serpiente en que se había escondido un ser espiritual maligno. Pues sólo a un ser de esa naturaleza se puede aplicar lo que luego se dice: 'Y habló ella (la serpiente) a la mujer', etc. Otros pasajes de la Sagrada Escritura atestiguan que dicho ser maligno era el demonio. Así, por ejemplo: 'Por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo' (9); y aquel otro: 'Este (el demonio) desde el principio fué homicida' (10); y todavía: 'La antigua serpiente, que se llama demonio y Satanás, que anda engañando a todo el mundo' (11). No se sirvió Satanás de la serpiente por libre elección; Dios no le **permitió** otro instrumento que este astuto y venenoso reptil, viva imagen del engaño, de la insinuante doblez y de la venenosa malignidad del tentador. Pero Satanás sólo por de fuera podía tentar al hombre, ya que ningún poder se le había concedido sobre la voluntad de éste, y aun el influjo sobre la fantasía y sensibilidad le estaba vedado.

Dirigióse la serpiente a la **mujer**, como a parte más flaca y fácil de seducir, y porque esperaba engañar al hombre por medio de aquella, reinando entre ambos tan estrecha unión y tierno amor. Relátase la tentación en forma intuitiva en alto grado. Comienza la serpiente (no con espanto, aunque tal vez con sorpresa de la mujer) diciendo: ¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comáis de todos los árboles del Paraíso? El tentador se adelanta a suscitar dudas acerca de la legitimidad de la prohibición divina, y aun a presentarla en forma exagerada y equívoca, como dando a entender que Dios, como les prohibió el disfrute de un árbol, podía haberles prohibido también el de otros muchos, y aun el de todos.

Eva, lejos de volver la espalda al tentador, entabla diálogo con él, respondiendo: 'Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso podemos comer; mas del fruto de aquel árbol que está en medio del Paraíso, mandónos Dios no comiésemos, y ni siquiera le tocásemos, porque no muramos'. La mujer tiene plena conciencia del precepto divino, y no puede excusarse pretextando olvido. Responde, pues, a la pregunta del siniestro tentador, y empieza a dudar de la amenaza divina. Dijo entonces Satanás: 'Ciertamente que no moriréis; antes bien sabe Dios que, al punto que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal'.

Mastróse el tentador como 'mentiroso y padre de la mentira'. 'Seréis como Dios'; no que hubiesen de ser iguales a Dios en esencia, pues tan bien como Satanás sabía Eva que esto era imposible. Por eso añade el tentador: 'seréis conocedores del bien y del mal', como Dios; esto es, conoceréis todas las cosas; podréis saber, independientemente de Dios, por conocimiento propio, lo que es bueno y lo que es malo; y también lo bueno o malo que os pueda sobrevenir; podréis determinar por propia autoridad lo que debéis hacer o evitar para labraros vuestra dicha (12). Promételes, pues, el demonio, o más bien procura arrastrarlos a que aspiren a ser independientes de Dios, semejantes a El en la omnisciencia, libertad y felicidad absoluta. Y todo esto podían conseguir comiendo de un árbol que el mismo Dios había creado y cuyo disfrute les había prohibido sólo por envidia y mala voluntad, como da a entender Satanás. — El demonio quiso contaminar a los primeros padres de su pecado de **orgullo**, sembrar en su corazón la desconfianza, y a ser posible apartarlos completamente de Dios». Hasta aquí el luminoso comentario de Schuster-Holzammer.

A la luz siniestra de la tentación se entenderá mejor la caída en ella, que fué el pecado de Adán y Eva.

4.º **La caída.** — Fácil hubiera sido a Eva convencerse del engaño y perfidia de las palabras del seductor. El tentador calificó el mandato de Dios como de arbitrario y gravoso; y Eva, en su réplica, añade al precepto divino lo que no había dicho Dios: «y que ni siquiera le tocásemos», como dando a entender que lo encontraba demasiado molesto. Había ya dado, pues, el primer paso. Pero aún podía y debía detenerse. Sabiendo muy bien que el hablar no era propio de la serpiente, debió suponer que en la serpiente hablaba un espíritu maligno. Debíó ponerse en guardia. El oír hablar a la serpiente era sólo para maravillarla, mas no para producirle espanto, no teniendo nada que temer. Sólo podía ser víctima de un engaño, y sentir la concupiscencia, cuando con su libérrimo albedrío se dejase arrastrar por la tentación, y abriese las puertas de su alma al deseo de ser como Dios. Pero le halagó el conocimiento y la independencia que se le prometía; su voluntad se abandonó a una aspiración orgullosa; y a medida que se alejaba de Dios, se retiró Dios de ella, privándola de su gracia. Así comenzó la duda de la amenaza de Dios, el deseo desordenado y sensual del fruto prohibido, y finalmente la desobediencia in-

(9) Sap. II, 23.

(10) Io. VIII, 44.

(11) Apoc. XI, 9; XX, 29.

(12) SANTO TOMÁS. *Summa Theol.*, II, 2.ª, q. 163, a 2.

(7) *Summa Theol.*, I, q. 102, a. 1; q. 97, a. 4.

(8) *De Civ Dei*, XII, 12.

terior, que le llevó a la consumación del pecado. Así lo declaran San Agustín en su libro «De Genesi ad litteram», I, XI, 30; y Santo Tomás en la Suma Teológica, I, q. 94, a. 4 ad 1 et 2.

Oigamos de nuevo a Scheeben (obra citada, pág. 284, 285): «¿Con qué otra cosa procuró el diablo excitar a Eva al preguntarle: '¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comieseis de todos los árboles del Paraíso?'; ¿y le prometió que serían como dioses si comían de aquel árbol? ¿No presentó a Dios ante Eva como un tutor molesto, que quería hacerles sentir bien claro, no obstante toda la grandeza de ellos, que dependían de El? ¿No fué ello una invitación a Eva de reclamar frente a Dios una independencia —que ella como hija de Dios estaba muy lejos de poder tener—, y declararse, frente a Dios, independiente? Prestando Eva oído a esta voz, y queriendo ser por propia cuenta como Dios, cuando sólo podía serlo por la gracia, sacudió de sí esta gracia divina como un yugo duro, pesado, y así se precipitó en la caída que había de despeñarla precisamente desde esa altura a la cual la había levantado Dios, y en la cual únicamente con la ayuda de Dios podía mantenerse. Cayó de un modo semejante al modo como cayó el ángel malo; y con ella cayó Adán, sin duda alguna en la misma forma, escuchando con ella las palabras de la serpiente, o ya sea que Eva expusiera a su marido los motivos que le sirvieron de impulso para caer.»

El pecado, pues, fué un acto interno de soberbia con voluntad de desobedecer el precepto de Dios, y un acto externo, que procedió del primero, y fué la transgresión del mandato. Y en este pecado completo bien se ve que la malicia principalísima fué la del acto interno, como lo expone también el P. St. Lyonnet, S. I., en la Revista «Verbum Domini» (vol. 35, Fasc. 1, 1957, pág. 34): «Por la suasión de la serpiente, Eva y Adán **desean ser como dioses**, conocedores del bien y del mal. Es decir: no que pretendiesen saber todas las cosas, ni únicamente discernir entre el bien y el mal, sino determinar ellos por sí mismos qué cosa sea buena y qué cosa sea mala, y obrar según esta decisión; y por lo mismo pretendieron la verdadera **autonomía moral**, según la cual ellos fuesen para sí mismos la norma de obrar moralmente; autonomía con la cual el hombre niega prácticamente su condición de creatura, y hace una subversión del orden establecido por Dios; se equipara a sí mismo con Dios, e implícitamente afirma que no tiene ninguna necesidad de Dios. De ahí que la relación misma entre el hombre y Dios se cambia intrínseca y radicalmente. Por eso el pecado primero ha sido considerado por la tradición como una **rebelión** del hombre contra el supremo dominio de Dios; es decir, **pecado de soberbia**. Se puede determinar más el proceso por el cual el hombre llegó a esta rebelión, o sea la forma peculiar que tomó la soberbia en la transgresión de Adán y Eva. Esto es: Eva, inducida por la serpiente, admitió: a) que la palabra de Dios, con la que les había hecho la amenaza de morir, no era palabra absoluta e incondicionada: 'no moriréis, de ninguna manera moriréis', dijo la serpiente; y en consecuencia, de hecho, Eva dudó de la palabra de Dios. b) Más aún; admitió que el precepto que Dios les había dado no era por causa del bien de ellos, sino por causa del bien de sólo Dios, es decir, para que quedasen salvaguardados los privilegios de Dios: 'Porque sabe Dios que seréis como dioses', para que el hombre se tenga como **émulo de Dios**; con lo que se pervierte totalmente la relación entre el hombre y Dios, y el modo con que el hombre se relacionaba con Dios, y por lo tanto la noción misma de Dios, ya que de ese modo no se tiene de Dios el concepto verdadero de un Ser absolutamente trascendente, que de nada necesita, y no desea otra cosa que colmar de beneficio al hombre; sino como un ser que necesita de las criaturas y está totalmente entregado en sus obras a procurar su propia utilidad.» Esto es lo que entraña la rebelión de Adán y Eva; y por lo mismo la malicia de su pecado no consistió tanto en el acto externo de desobediencia, cuanto en la interna desordenación por la que quedó como corrompido lo más íntimo del hombre, su esencial dependencia respecto de Dios; dependencia racional y filial, y por lo mismo altamente meritoria y suavísima; pero al fin y al cabo dependencia.

Con el desorden interior se les nubló la inteligencia, se les

debilitó la voluntad, las pasiones se desordenaron y se rebelaron contra la voluntad, que se había rebelado contra Dios; vieron la fruta del árbol prohibido con ojos muy distintos de antes; a los ojos siguió el corazón; y al sentir el aguijón de la concupiscencia, hasta entonces no sentido, sucumbió su voluntad y pusieron por obra el pecado de desobediencia. «Y cogió (Eva) del fruto, y comió; y dió también a su marido, el cual comió.» — Estaba consumado el primer pecado.

\*\*\*

**Conclusión.** — Y al pecado siguió el castigo, los innumerables castigos que a continuación empieza a narrar el texto sagrado, y que se continúan refiriendo en las largas páginas del Antiguo Testamento, con el que consuena la Historia Universal del género humano y la triste experiencia de todos los hombres. Pero la misericordia de Dios salió al encuentro de su justicia y le dió beso de paz, como se dice en el Salmo 84. Rasgó Dios inmediatamente los negros nubarrones de la desgracia que siguió al pecado; y mostró a nuestros primeros padres en lontananza al futuro Redentor, que en brazos de una Virgen Madre vendría a deshacer aquella obra nefasta, triunfando del pecado y de la muerte. Y vino en la plenitud dichosa de los tiempos; y nosotros le hemos visto, lleno de gracia y de verdad.

Volvamos los ojos a Jesucristo Crucificado; y ante El, pensemos con San Ignacio: «Redimió por obediencia al mundo perdido por falta de ella, 'hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz', en frase de San Pablo (13), como nos dice el Maestro y modelo de la obediencia cristiana en su admirable Carta sobre esta virtud.

Y sumidos en esta contemplación podemos apropiarnos lo que el P. Luis de la Puente nos propone con su acostumbrada profunda piedad y devotísima unción: «...miraré lo que el primer hombre hizo contra Dios, y lo que Dios hace por el hombre, comparando los pensamientos y trazas del uno con los del otro. Adán trazaba con soberbia levantarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría y el señorío de todas las cosas; por lo cual merecía que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad, no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillación y trabajo para Dios hecho Hombre. Porque con ser el Verbo Divino de infinita grandeza y majestad, no reparó, como dice San Pablo (Philipp., II, 6, 7), en deshacerse y humillarse a tomar forma de siervo y vestirse la naturaleza mortal y posible de su enemigo, juntándola en unidad de persona, para sacarle de la suma miseria en que estaba por la culpa, y levantarle a la suma honra y dicha que podía tener por su gracia; pues, como dice San Agustín (serm. 9 de Nativ.), 'Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios', para que en virtud de Dios Humanado, los hombres fuesen dioses por participación» (14).

Con razón exclama el mismo San Agustín al contemplar a Cristo Crucificado y muerto: «O mors, unde mortui reviviscunt!» (15). ¡Oh muerte, por la que los muertos reviven! Y con divino acierto dice la Iglesia en siglos y siglos, todos los días en miles de Altares, momentos antes de la Sagrada Comunión, en la que Cristo viene a comunicarnos los frutos de su muerte, haciéndonos partícipes de su vida: «Domine Iesu Christe, Fili Dei vivi, qui ex voluntate Patris, cooperante Spiritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti»: Oh Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, con tu muerte diste vida al mundo».

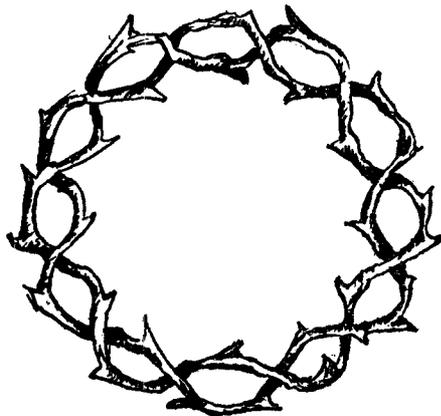
En verdad, una muerte fué vencida por otra muerte.

ROBERTO CAYUELA, S. I.

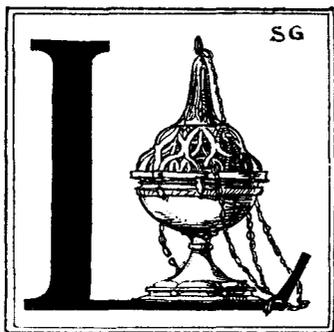
(13) Philipp., II, 8.

(14) Medit. Esp., II. Med. 1.ª, Punto 2.º.

(15) Tract. 120 in Joannem



# LA PASION, SEGUN EL MISMO JESUCRISTO



**L**a Pasión de Nuestro Señor Jesucristo es algo más que la sucesión y relación factuales del Prendimiento, juicios, condena y Crucifixión de Jesús. Todo eso tuvo en los Evangelistas unos relatores inspirados excepcionales. Pero cualquier otro testigo ocular hubiera podido relatar algo semejante.

Sin embargo, en la Pasión hay algo que solamente las "revelaciones" de Cristo a sus Apóstoles lo podían enseñar. La Pasión tenía algo completamente inconcebible, algo que "era locura y necesidad" para la razón natural, sea judía o pagana (I *Cor.*, 1, 23; *Phil.*, 2, 7). Aun los mismos Apóstoles, a pesar de los múltiples anuncios de Cristo, no lo llegaron a entender y admitir sino cuando el Espíritu Santo les iluminó el sentido.

Esa Revelación del misterio de la Cruz hecha ya por Cristo a sus Apóstoles y confirmada e ilustrada luego por el mismo Espíritu Santo, se encuentra principalmente en los Discursos y acciones de la Última Cena. Y, sobre todo, en los relatos que de esos misterios sagrados nos hizo San Juan en sus cap. 13-17. Voy a presentar algunos elementos de esta Teología Joanina de la Pasión.

## «Y era de noche...»

Cristo comienza por delatar la traición de Judas y sus consecuencias. Su contrato con los Sumos Sacerdotes (*Mt.*, 26, 16) le revela a Jesús no sólo la proximidad de la hora señalada por los Profetas y escogida por su Padre (*Jo.*, 13, 1-2), sino, sobre todo, la pertinaz perversión de un Apóstol, contra la cual le había prevenido ya hacía tiempo. Cuando, con motivo de las Revelaciones de la Eucaristía, Pedro cierra fogoso contra las murmuraciones y vacilaciones aun de los mismos Apóstoles, afirmando resuelto por todos que "los doce creían en Él" (*Jo.*, 6, 70), Cristo se vió obligado a puntualizar que uno de ellos era ya "un demonio" (*Jo.*, 6, 71).

El "amor a los suyos" es lo que fuerza a Cristo a hacer esa revelación y delación, sea con el fin de preservar a los realmente fieles y escogidos, sea también con el de hacer recapacitar a Judas sobre la gravedad de su crimen, moverle a compunción y salvarle. Por eso el Lavatorio de Pies, además de su simbolismo sobre las disposiciones del alma antes de acercarse a la mesa Eucarística, y juntamente con eso, puede tener también el cometido inmediato y particular de revelar delicadamente al Traidor la malicia de su crimen y las terribles consecuencias que entraña para su alma, sus relaciones con Cristo y con la comunidad Apostólica.

Para San Juan, lo mismo que para San Pablo, el que peca contra Cristo es un "diablo" (I *Jo.*, 3, 8). El que quiere matar a Jesús muestra que tiene por "padre" e inspirador al propio Satanás (*Jo.*, 8, 44) si ya no está realmente "poseído" por él (*Jo.*, XIII, 2, 27; XVII, 12).

Pero, por otra parte, Cristo es el único que puede "destruir" las obras de Satán (I *Jo.*, III, 8), el único que puede "condenar y echar fuera" de las almas al Príncipe de este mundo (*Jo.*, XVI, 11).

El que "no se lave no tendrá parte con Él" (*Jo.*, 13, 8). No sólo pierde la gracia de Cristo, sino que pierde la participación "en la oración" (*Jo.*, 17, 9; I *Jo.*, 5, 16) de

la Iglesia, la lícita participación en la "Eucaristía", la "comunión" con los demás Apóstoles... Por eso, muy probablemente, Judas no tomó parte en la Institución de la Eucaristía. Cristo, para enseñanza y bien de su Iglesia, le forzó antes de eso o al arrepentimiento o a la deserción y separación de Él y los "suyos".

NB. Tal vez arranque de este hecho y proceder de Jesús aquella práctica de la Iglesia de los primeros siglos, por la que los pecados "mortales" se castigaban, aun socialmente, con la exclusión de la "comunidad", "oración litúrgica", "Eucaristía", v. gr., Pastor Hermes, Didaché, Orígenes, etc. Y no se les volvía a admitir, sino después de cumplida la Penitencia Pública. Galtier sostiene que tanto la doctrina en San Juan, San Pablo y PP., como la práctica en la Iglesia Primitiva, se inspira en el Antiguo Testamento. Ciertos pecados no se expiaban sino con la expulsión del pueblo y con la pena de muerte (*Deut.*, 17, 2-7) (cfr. "De Poenitentia", edic. noviss., 1957, n. 229).

La "Excomunión" de Judas es aleccionadora. Cristo se "commueve profundamente" (*Jo.*, 13, 21). Y la denuncia pública (*Jo.*, 13, 21 b) solamente se la llega a hacer clara a San Juan, que está más próximo a Él, "recostado sobre su pecho"—y es también la primera vez que San Juan se da el título de "discípulo amado"—(*Jo.*, 13, 23, 26). Y, muy probablemente, sólo San Pedro lo llega a saber, también de parte de San Juan (*Jo.*, 13, 24). Para el resto de los Apóstoles, la fama de Judas quedó por entonces intacta (*Jo.*, 13, 22, 28-29).

Jesús, pues, se separa a sí mismo y a los suyos (*Jo.*, 13, 27, 30 a) de aquel que deliberada y pertinazmente se mantiene en el campo y servicio de su Enemigo (*Jo.*, 13, 27 a). Pero, como observa San Agustín, le da también plena licencia y libertad para ejecutar sus pactos y propósitos.

La delación de Judas, por lo menos a los responsables principales, y aun su excomunión, eran convenientes por varios motivos. Su silencio o disimulo traería luego a los suyos escándalos, confusiones y equívocos sumamente perniciosos. Jesucristo lo sabía. Pero Él es Dios (*Jo.*, 13, 19). El pecado contra Él es de consecuencias morales gravísimas. "El que no cree en Jesús, no verá la vida y la ira de Dios permanece sobre él" (*Jo.*, 3, 36; 8, 21-24). Pero también tiene consecuencias sociales. Cristo está en los "enviados suyos". Y aquel que les "obedezca" y respete, obedecerá y respetará a Cristo mismo y a su Padre (*Jo.*, 13, 20). Sin embargo, los "suyos" no se podrán escandalizar ni deprimir excesivamente porque Jesús haya elegido y admitido a su compañía y apostolado a uno que había de terminar siéndole "traidor". La Iglesia aquí abajo no se compone de solos santos y predestinados. Todos podemos pecar. Y todos tenemos que trabajar nuestra santificación con un santo temor de Dios. Pero si alguno peca, dirá luego San Juan teniendo, tal vez, muy viva en su mente la conducta de Judas, no olvide que tiene en Cristo un Abogado y Redentor (I *Jo.*, 2, 1-2). Esto fué lo que Judas no llegó a comprender aquella noche trágica. "En su alma era de noche" (*Jo.*, 13, 30).

Pero aun cuando "el traidor", abandonando la compañía de Jesús y los suyos, se vaya resueltamente a sus enemigos para ejecutar inmediatamente los planes "deicidas", Jesús no dejará por eso de ser glorificado ante su Padre (*Jo.*, 13, 31 s) y aun en los "suyos". Porque sólo



se habrá perdido el "hijo de Perdición", pero ninguno de los que el Padre le había confiado (*Jo.*, 17, 6-12). Ése es el misterio tremendo de las herejías, persecuciones, escándalos, etc. Pero, sobre ellas y en ellas hay una Providencia grandísima de Dios, aunque nos sea muy difícil o imposible "escrutarla".

Por eso el papel de Judas y su símbolo serán siempre tremendamente misteriosos e impresionantes. Él fué el único Apóstol judío. Su traición, predicha y tipificada en la Escritura (*Jo.*, 13, 18 b), es un elemento en el plan divino de la Redención: "El Hijo del hombre será entregado por uno de los Apóstoles" (*Jo.*, 13, 21 b). Judas dió a los enemigos de Cristo no la determinación a crucificar, que ellos ya la tenían (*Mt.*, 12, 14; 26, 1-5; *Jo.*, 11, 47-53; 18, 14), sino el crucificar sin comprometerse ante el pueblo y la opinión pública (*Mt.*, 26, 14-16).

#### «Me eres escándalo...»

Judas fué un diablo porque cooperaba a la ejecución de los designios de aquellos que tenían por Padre al Homicida desde el principio (*Jo.*, 13, 2, 27; VIII, 44). Pero Jesucristo llama "Satanás" también a Pedro, precisamente porque trata de disuadirle de sufrir la Pasión (*Mt.*, 16, 21-23). Pedro pensaba muy a lo "humano, no a lo divino" (*Mt.*, 16, 21). Y su concepción del Mesías era materialista y política, la de un Rey temporal Libertador del pueblo de Israel y Sojuzgador de las demás Naciones.

Cristo ve a Satanás — al Satanás que Él mismo había experimentado en el desierto (*Mt.*, 4, 1-11) — en esas re-

pugnancias y escándalos de Pedro ante la Pasión. Al Satanás que precisamente ahora intensifica sus ataques también contra los Apóstoles, "eribándoles como el trigo". Pero "Cristo ha orado por ellos", por Pedro ante todo, para que no pierdan la fe como el infeliz Judas (*Lc.*, 22, 31-32; *Jo.*, 17, 11 s).

Debido a la fuerte repulsa de Cristo, Pedro se pliega. Al Lavatorio habrá otra violenta reacción y espontaneidad de Pedro, prohibiendo resueltamente a Cristo, al Mesías, un acto de servicio propio de los no judíos o de los esclavos. Y Cristo tiene que recurrir entonces a la amenaza formal de "excomunió" para doblegar las repugnancias (*Jo.*, 13, 6-9). Éstas parecen desaparecer entonces por completo. Pues Pedro afirmará, poco después, que está dispuesto también a morir con Cristo (*Jo.*, 13, 36-37). Pero lo que hará en realidad será blandir su espada contra los esbirros que vienen a prenderle (*Jo.*, 18, 10-17), y luego negarle cobardemente tres veces (*Jo.*, 13, 38). Ciertamente, la mente de Pedro no era diferente en nada a la de sus contemporáneos los judíos, romanos y paganos. La Pasión era un escándalo, una locura, el fin de todo.

La debilidad no era privativa de Pedro y Judas. De todos profetiza Cristo el escándalo y la dispersión. Ninguno de ellos llegó a comprender la Teología de la Pasión, a pesar de las repetidas explicaciones y anuncios hechos por Cristo. En la misma sala del Cenáculo ninguno de ellos — fuera de Juan y probablemente Pedro — comprendió nada del misterio de Judas.

Más aún. Las preguntas de Felipe le hacen dudar a Cristo si habrán comprendido y admitido el carácter divino de su Persona y misión. "¿Tanto tiempo con vos-



otros y no me habéis conocido?" (Jo., 14, 9-11). Para disponerles a una inmediata profesión de fe Jesús usa un razonamiento igual al expuesto a los judíos (Jo., 14, 10-13; 10, 25, 38). Sin una fe firme en Jesús, ¿cómo podrán preservarse de la excesiva tristeza, turbación, depresión y dispersión? (Jo., 14, 1, 22-27; 16, 1, 6, 20-22). Ellos, al fin, protestan que sí, que "creen en Él que es salido de Dios" (Jo., 16, 29-30). Pero Jesús, como en el caso de Pedro, cree necesario enfrentarles de antemano con la realidad. "¿De veras que creéis en Mí? Dentro de muy poco os dispersaréis y me dejaréis solo" (Jo., 16, 31-32). Esa presencia de Jesús podrá serles después un preservativo contra el derrotismo (Jo., 13, 19).

Pero el mayor antídoto contra la tristeza, la depresión y el pesimismo se lo ofrece Cristo en las tiernísimas revelaciones de las realidades que aún quedaban al otro lado de la Cruz, y por virtud de la misma: La separación física por la muerte sería sumamente breve. Jesús volvería de nuevo a ellos, pero con una presencia y unión espiritual y mística, mucho más íntima y real que la que ahora existía. Nacería una nueva relación de Cristo y su Espíritu con los suyos en este mundo, una relación de unión más íntima, como la que tiene el sarmiento a la vid, el brazo al cuerpo. O más aún, como la que tienen las mismas divinas personas. Ésa es la realidad de la Iglesia anunciada ahora por Cristo (Jo., 14, 5-8, 22; 15, 1-17; 16, 16-24; 17, 1-26). Y los Apóstoles, a pesar de todas sus vacilaciones y dudas presentes, y a pesar de todas sus debilidades, deserciones y derrotismos inminentemente futuros, habían de formar esa Iglesia, ese Cuerpo Místico.

Cristo, pues, sabe muy bien que su Pasión había de ser una prueba y crisis para los suyos y su obra. Satanás les zarandeaba furibundo con brazos musculosos. Judas había sucumbido ya. Los demás estaban sumamente débiles. Pero ahí está su *oración sacerdotal*. "Te ruego por ellos, oh Padre Santo, guárdalos. Y que no se dispersen..." (Jo., 17, 9-12). En esa Oración Sacerdotal descansa la perseverancia de los Apóstoles (Jo., 17, 6-19), la primera victoria de la Iglesia sobre las Puertas del Infierno. Cristo pedirá también a los esbirros que iban a prenderle que dejen huir libremente a los suyos, "a fin de que no se pierda ninguno de los que el Padre le ha dado" (Jo., 18, 8-9). Pero en esa Oración Sacerdotal descansa también la subsistencia de su Iglesia en cualquiera de los siglos y coyunturas (Jo., 17, 20-23).

La formación, vida y subsistencia de la Iglesia es, pues, un misterio de amor y predilección inmensos. No lo podemos dudar.

La persecución, sea de parte del Demonio, sea de parte

del mundo, fué y será siempre una gran prueba. Es también una criba que separa el grano de la paja. Una prueba que no podrá faltar nunca (Jo., 15, 18-16, 4; 17, 14 s). "Pero confiad. Yo he vencido al mundo" (Jo., 16,33).

### «Padre, glorifica a tu Hijo...»

La Pasión se revelará en todo su grandioso significado solamente a los que tienen el "sentido de las cosas de Dios" (Mt., 16, 23). No es una catástrofe, ni una tragedia. Ni debe haber lugar para los sentimientos de "piedad" o terror (Lc., 23, 28 s) semejantes a aquellos paganos de la Tragedia griega. Cristo no quiere en sus Apóstoles ni tristeza (Jo., 14, 1, 27, 18). Cristo no va al fracaso y a la muerte simplemente. Va a derrotar a la misma muerte para darnos a nosotros la vida. Y para infundir a nuestras vidas mortales esa nueva corriente galvanizadora: la esperanza. Sin la Pasión, lo bueno en esta vida temporal nos haría excesivamente optimistas; y lo malo, por el contrario, excesivamente pesimistas.

### 1. Con respecto a Dios:

La Pasión es un acto de obediencia (Jo., 14, 31 b), de amor (Jo., 14, 31) y de suma glorificación (Jo., 13, 31; 17, 1-5). La agonía y oración en el Huerto nos muestran la heroicidad de esa obediencia y la intensidad de ese amor.

### 2. Con respecto al mismo Jesucristo:

— Es la obra por excelencia confiada por el Padre (Jo., 17, 4; 18, 11).

— Es la glorificación de su humanidad con la gloria aquella de la que la Persona divina se despojó voluntariamente al encarnarse y que ahora el Padre se la concederá al Verbo-hombre (Jo., 13, 31-32; 17, 5).

— La Pasión es también el prerequisite necesario para la existencia de unas nuevas relaciones de Cristo, el Espíritu Santo y la Trinidad misma, con los suyos y su Iglesia. Esas relaciones trascienden todo lugar y tiempo. Son también infinitamente superiores a la relación física y visual que ahora Él tiene con los suyos. Tales son: la relación Eucarística y sacerdotal-victimial, la relación capital como cabeza del Cuerpo Místico; la Inhabitación trinitaria; la relación asistencial del Espíritu de la Verdad. Los fieles cristianos podrán también pedir al Padre en "Su nombre" (Jo., 14, 13 s; 15, 16, 26 s; 16, 7 s, 23-28).

— La Pasión es la prueba y credencial del máximo amor a los suyos y a los hombres (Jo., 15, 12). Es también la creación y consagración de un nuevo amor. Y la fijación de una meta infinitamente alta a ese nuevo amor fraternal entre los hombres de cualquier raza y color (Jo., 13, 34-45; 15, 12).

— La Pasión es el rescate de toda la raza humana y aun de la creación del poder del "Príncipe de este mundo" (Jo., 17, 2 a; 12, 31; 14, 30; 16, 11). Es la imposición y erección en este mundo de un reino y sociedad que "no es de este mundo" (Jo., 17, 15; 18, 36).

— La Pasión es la elevación de la Humanidad a una nueva vida sobrenatural y eterna. Quien la posea no sucumbirá nunca a la muerte, sino que, aunque muera, vivirá eternamente (Jo., 17, 2 b; 11, 25-26).

— La Pasión es, en fin, la gran victoria de Cristo sobre el Demonio, el mundo y todos sus enemigos. El Espíritu Santo, por medio de los Apóstoles, será el encargado de presentar juicio al "mundo" y acusarle y condenarle de "pecado", injusticia y mala fe. Su odio a Cristo no tiene ninguna justificación (Jo., 15, 25 s; 16, 8-15).

T. LÁUTICO, S. I.

Del Colegio San Roberto Belarmino  
de la Pontificia Universidad Gregoriana. Roma

# EL GETSEMANI DE LA VIRGEN

## Después de la «Cena»

Acabado el banquete Pascual, Jesús abandona el Cenáculo. La luna llena de Nisan ilumina los escalones del camino de Siloé, por donde va rodeado de los once apóstoles. El aire, de penetrante frescura primaveral, aumenta la transparencia de la atmósfera, y María, su madre, prolonga la mudá despedida siguiéndoles con la vista hasta que sus siluetas se confunden con las arboledas del valle de Josafat. Sabe que vadearán el torrente de Cedrón y, recogidos en la frondosidad de los olivos de Getsemaní, orarán.

Así lo han hecho otras veces. Hoy parece que hacen lo mismo, pero todos saben que esta noche no es igual.

La ciudad y sus alrededores están desiertos. Los habitantes de Jerusalén acogidos en la intimidad de sus hogares, y los judíos de la diáspora bajo los pabellones listados de sus tiendas, prolongan la fiesta. Las primeras copas han circulado rápidamente, pero después, tendidos en sus lechos y los miembros relajados, recuerdan en largos discursos los beneficios de Yahvé; se entretienen para acabar de consumir el cordero y las hierbas silvestres rociadas de *haröset*; entonan pausadamente el final del Hallel, y escancian con toda solemnidad la cuarta copa ritual.

Pero esta soledad exterior, natural por la fiesta que se celebra, es cómplice inconsciente que favorece la intriga del Sanhedrín y la traición de Judas. De este modo, los conjurados no tendrán otro testigo que la serenidad del plenilunio. Y aún, para llevar a cabo su vileza, esperan que la luna sólo filtre sus rayos por el follaje de los olivos que coronan las alturas y su blancura sólo recorte el suelo pedregoso de las cumbres. Entonces, por el valle de Cedrón, sumido en las sombras, podrá avanzar el ejército formado clandestina y rápidamente para ejecutar la sentencia que ha dictado el más alto tribunal de Israel. Lo han elegido cuidadosamente: la guardia del Templo, algunos agentes de confianza costeados por el Sanhedrín y los sacerdotes y escribas que se han distinguido por sus violentos ataques contra el Profeta de Galilea. Unas linternas, y alguna que otra antorcha, les bastarán. En la obscuridad le será más fácil a Judas dar el beso sacrílego. Y el resultado será el mismo, porque esta vez está decidido: Jesús ha de morir para salvar al pueblo.

Ha llegado la "hora del poder de las tinieblas". Satanás criba y zarandea a los once apóstoles fieles. Están aturdidos por la grandeza del misterio eucarístico que acaban de conocer; aun no se dan bastante cuenta del poder con que han sido investidos, de la sencillez sublime con que Jesús ha realizado al pie de la letra las palabras que causaron tanto escándalo y escisión. *Mi carne es comida. Mi sangre es bebida.* Aun no pueden medir el alcance de las inauditas revelaciones de la despedida del Maestro que acaban de oír... están desconcertados por la triste claridad con que Jesús ha desechado las enérgicas protestas de fidelidad de Pedro, su buena voluntad de defenderle con la espada... Su espíritu en verdad está pronto, pero sienten la opresión y la congoja. La carne flaca rinde sus cuerpos y carga sus ojos de sueño. No pueden velar ni una hora.

## El Getsemaní de María

Los apóstoles se han dormido; pero no sólo Jesús permanece despierto en oración y en agonía. María vela también en la soledad de su aposento. Su madre amantísima le acompaña en aquella agonía misteriosa que llena al mismo Dios de tristeza infinita, le sume en el desaliento y le hace sudar sangre.

María no sabe el cariz que tomarán los incidentes del drama cuyo desenlace se precipita. Es sólo criatura puramente humana y no puede, como su Hijo divino, penetrar los arcanos de la Providencia, ni abarcar el futuro y el pasado de la Historia. Mas su espíritu libre de ilu-



siones, su inteligencia trono de sabiduría y espejo de justicia, capta con nítida claridad los acontecimientos y los calibra con precisión objetiva.

Añadiendo a su inteligencia privilegiada la perspicacia de su amor maternal, ha comprendido que, de un momento a otro, se convertirán en realidad los temores que días antes había expresado Tomás en un arranque de amor abnegado y generoso hacia Jesús: ¡Vamos, y muramos con Él!

Y el tiempo era propicio. Jesús contaba con decididos partidarios en Jerusalén; pero más de dos millones de extranjeros estaban acampados desde la víspera alrededor de la ciudad. Eran muchos los que venían de países lejanos. Ignorantes del estado de las cosas, y por el estado de devoción en que los colocaba su piadoso viaje y la presión que ejercían sobre ellos las disciplinas mosaicas, les predisponían a dejarse influir por los Pontífices del Templo.

Es verdad que esa ciudad flotante de los alrededores espontáneamente había aclamado con hosannas y alfombrado de palmas y laureles su camino proclamándole el esperado Hijo de David; pero sólo unos días habían bastado al taimado Anna y al hipócrita Caifás para penetrar en la masa y apoderarse de ella.

Estando María en Jerusalén era imposible que no hubiera visto y oído a sus satélites repartidos entre la multitud para seducirla con promesas y engañarla con calumnias. En nombre del ideal mesiánico y las riquezas prometidas por Él, en nombre de la santidad del Sumo Sacerdote, se infundía el odio a Jesús. Se exacerbaban las iras contra el que, llamándose Profeta, llamándose Hijo de Dios, mortificaba a los ricos alabando la pobreza, a los doctos pregonando la humildad, llamaba raza de víboras a los que oraban en los ángulos de las plazas con más fervor y llevaban más largas filacterías, y sepulcros blanqueados a los ritualistas más devotos y a los que con más rigor exigían el cumplimiento de la Thora.

Por eso, María presiente que aquélla es la noche, aquélla es la ocasión en que empezarán a cumplirse las profecías que tan claramente explican como "la divinidad se esconde". Sucederá lo que han maquinado: *Démosle leño en lugar de pan y exterminémosle de la tierra de los vivientes... y no quede rastro de su nombre...*, piensa que tal vez ya no le volverá a ver..., por eso, después de seguirle largamente con la vista cuando se va con sus apóstoles, se retira a orar.

Sola en su aposento, acuden a su mente, con la luminosidad y rapidez del relámpago, todas las profecías que desde Isaías y Jeremías hasta Juan Bautista anuncian lo que ha de suceder. Y la aguda espada de dolor que profetizara el Santo Anciano del Templo, se hinea despiadadamente en su corazón. En el torturado cuerpo de su Hijo y en la insultada majestad de su Dios quedarán conciliadas todas sus contradicciones, realizándose.

Ha llegado el momento en que Jesús estará *mirando en torno suyo y nadie le prestará auxilio...*, *buscará sin hallar quien le ayude...*, *penetrarán las aguas hasta su alma, quedará atollado en lo profundo del cieno sin hallar donde hacer pie...* ¿le consolarán los apóstoles que le han acompañado? No, porque ha de sufrir el más completo abandono. María bebe a grandes sorbos el cáliz amargo que también a ella le presenta el Padre, y a su dolor se añade el dolor de no poder consolar a su hijo.

Desde que empezó su vida pública la ha exigido el sa-

crificio del amor. Él se daba al mundo; ella también debía darse, fundirse con la humanidad que iba a rescatar. Por eso había dicho públicamente: "Mi madre y mis hermanos son los que cumplen la voluntad del Padre". Y María comprendió que no era un rechazo, sino al contrario. La unía más a Él, la unía a la redención que había venido a realizar, y para ello era precisa esa prueba del amor: entrega absoluta, olvidando no sólo el propio interés, sino el propio amor.

Por eso, sólo puede acompañarle con el pensamiento en aquella noche triste, aunque sabe que cuando se apoderarán de Él *entregará su cuerpo a los que le azoten, sus mejillas a los que mesen su barba, no apartará el rostro de los que le escarnezan y escupan...*, *no abrirá su boca para quejarse...*, *será despreciado, reputado como un leproso, herido por la mano de Dios y humillado...*, *el más hermoso de los hijos de los hombres, será menos que un hombre...*, *será un gusano de la tierra...*, *cual manso cordero, que es llevado al sacrificio, será ofrecido y llevado a la muerte sin resistencia... como va la oveja al matadero... y guardará silencio, sin abrir siquiera la boca, como el corderito que está mudo delante del que lo trasquila...*, será burlado y escarnecido. Viéndole derribado, sus enemigos *menearán la cabeza*, y así, abandonado, perseguido, burlado y escarnecido en su dignidad de hombre, de profeta y de Dios, aun *el Señor le consumirá con trabajos... porque ha cargado con los pecados del mundo...*, *entregará su vida a la muerte...*, *será confundido con los malhechores...*

Y la Virgen Santísima, sumida en el dolor, que ha hecho de Ella la Reina de los Mártires, aun dejando escapar la amarga queja que dirige al mundo: *Ved si hay dolor que iguale a mi dolor*, acepta hasta las últimas consecuencias del *Fiat* que pronunció para que Dios, haciéndose su hijo, tomara forma y naturaleza de esclavo, precisamente para hacer posible que se cumplieran estas terribles profecías..., para que pudiera *atraer sobre Sí el castigo de la justicia divina...* y satisfacerla.

María no estuvo personalmente en Getsemaní; pero, ¿no podemos piadosamente pensar que uno de los consuelos más eficaces con que el ángel del Señor confortó a Jesús sería mostrarle el Corazón de su Madre tan unido al suyo, tan semejante al suyo, tan afín al suyo en sus deseos de Redención?

En tal caso, el Getsemaní de María sería de consuelo para Jesús.

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

(Viene de la pág. 126)

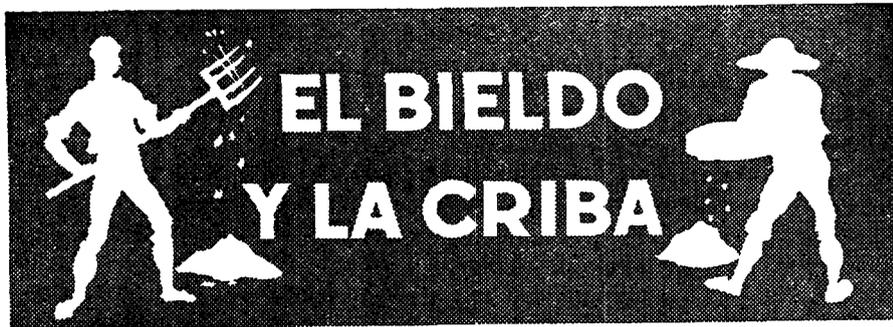
cristianos, es un hombre condenado a la miseria espiritual por falta de un ideal suficiente y de unos apóstoles que le llevasen a ese ideal. Pero, ¿era éste, solamente éste, el ideal de los primitivos cristianos? ¿los primitivos cristianos no eran capaces de recibir con los brazos abiertos a sus mismos enemigos, aunque como Barrabás hubiesen podido ser uno de los instrumentos humanos de la condena y muerte de Jesucristo?

Pár Lagerwist, según todos los indicios de religión protestante, especula arbitrariamente sobre un tipo

creado con una mentalidad de hoy, escéptica, angustiada, oscura, sin fe y sin esperanza. Tal vez en el libro hay más de lo que parece de trasunto de nuestra época, un poco olvidada de que el edificio del catolicismo se cimenta sobre las virtudes sobrenaturales, virtudes teológicas las llama el catecismo, de la fe, la esperanza y la caridad. El autor, en nuestra opinión de lleno dentro de esa corriente, no parece haber dado a Barrabás la oportunidad de conocer demasiado bien al catolicismo, tal vez porque el mismo no lo conoce demasiado bien.

En las proximidades de la Semana Santa esta obra nos sirve muy poco para conocer todo lo que pasó en los últimos días del proceso de nuestra Redención y para promover en nuestros corazones unos sentimientos de compunción y de acercamiento a Dios. A esto puede replicarse que el autor tampoco se lo ha propuesto. Mas en tal caso éste sería a nuestro entender su principal defecto, puesto que el tema de la obra, siempre que no tenga un enfique plenamente cristiano, ha de adolecer necesariamente de falta de autenticidad.

JOSÉ VIVES SURIA



## José Luis Martín Descalzo y su novela «La frontera de Dios»

La figura literaria de José Luis Martín Descalzo se ha agigantado en alas de una fama merecida en los meses pasados.

Martín Descalzo, “el niño de la suerte”, como le han dado en llamar sus amigos de *Incunable*, o “el chaval con suerte”, como se ha llamado él mismo, ha conseguido llegar a la cima a la edad en que otros comienzan los primeros pasos de la ascensión.

Porque este sacerdote, famoso en Valladolid, y ya sin duda alguna más allá de fronteras, sólo cuenta veintiséis años de edad y cuatro de sacerdocio.

Nacido en un pueblo de la provincia de Toledo, en Madrilejos, y considerado como vallisoletano, tanto por sus ascendientes, que lo son cien por cien, como por su adopción y residencia, Descalzo sintió muy temprano la llamada de Dios, que lo quería para Sí; seguramente para que, andando el tiempo, fuera como el pionero mayor en esa reciente *quinta sacerdotal* de que nos habla Antonio Montero, y a la que pertenece este sacerdote, Lamberto Echevarría, José María Javiere, Piñero, Duarte y algunos pocos más.

Son, más o menos, los que formaban en Roma *Estría*; los que integran ahora la redacción de *Incunable* y los que hacen corro en las mesas redondas de PPC.

Tenía motivos más que sobrados esta “peña” sacerdotal para “sentirse vanidosos” — la expresión es de uno de ellos — y echar las campanas al vuelo, por el triunfo conseguido por su entrañable compañero Descalzo.

José Luis es, ante todo, poeta. Y poeta de altura. Tal vez ni él mismo creyera que un día le iban a premiar una novela. Muy lejos en él de pensar, cuando ensayaba sus primeros versos en el Seminario de Astorga y formaba parte luego de *Estría* y publicaba sus *Sonetos del alba*, que a sus veintiséis años, traicionando su vocación poética, se habría de pasar al enemigo, escribiendo nada menos que una novela

fuerte, de tono mayor, en ninguna manera apta para menores.

Lo difícil para este sacerdote va a ser, habiendo comenzado tan pronto, “resistir” y conservarse a la altura y dignidad literarias a que su último premio le ha empujado. Confiamos mucho en su extraordinaria capacidad para el trabajo; en sus indiscutibles dotes de escritor y también en sus amigos; los que en días pasados le han rendido y ofrecido homenaje de admiración y cariño, ocasionándole forzosamente bastantes quebraderos de cabeza; pues Descalzo, animoso, simpático, gran amigo de todos, no ha tenido más remedio que “sonreír” y cumplir.

Don José Luis Martín Descalzo es un cura valiente, temerario, un poco audaz. Y a fe que en sus escritos trata de demostrarlo, según confesión propia. Al decir el premio “Nadal” de este año que “los escritores de hoy son unos cobardes y no se atreven a decir lo que tal vez piensen”, nos asegura que él “intenta decirlo”, aunque tenga que sufrir las consecuencias.

Sobre su labor sacerdotal, hoy no es hora — y creemos que nunca lo sea — de decir “adónde llega”, como quieren algunos que, en su afán de ensalzar las cosas, lo echan todo a perder. Ya que en este aspecto cabe decir solamente lo del Apóstol, que “ni el que planta, ni el que riega..., sino Dios que da el incremento”. Pero sí diremos que se mueve mucho, y que trabaja infatigablemente en coloquios teatrales, en los púlpitos, en el Cine-Forum y en el confesonario, en un afán constante y cada día creciente de remoción espiritual, preocupándose por crear en las almas un estado de inquietud y tratando de aunar la religión y la cultura.

Como escritor, colabora en *El Norte de Castilla* y escribe artículos literarios en otras revistas, perteneciendo a la redacción de *Incunable*. Publica folletos en PPC — seguramente los más leídos de la colección — y explica literatura en el Seminario Diocesano de la ciudad donde reside.

Además del premio “Nadal” — el de la consagración definitiva — lleva ganados otros dos premios literarios de rango nacional: el premio “Ínsula” de 1952, que nos descubrió al verdadero poeta, y el “Naranco” de 1953, otorgado a su novela corta *Diálogos de cuatro muertos*.

*Un cura se confiesa*, con todo lo que digan, más que una novela, es un librito de carácter íntimo y personal, que más bien que en el género mencionado de la novela pudiera entrar en el de esa serie de libros que son *Ingenuas Confesiones*. Eso sí, tiene estilo. Y como, por otra parte, nos relata la vida íntima de un sacerdote desde que comienza su vida en el Seminario, resulta muy ameno.

Y ahora vamos con *La frontera de Dios*. El P. Lope Cilleruelo, en su artículo sobre la “Literatura de Frontera”, publicado en el pasado mes de febrero en la revista *Apostolado*, decía que “la labor del actual novelista católico es dura, profunda, angustiosa; pero también heroica, salvadora, generosa. Tiene sus riesgos, que no cabe disimular; pero es una de las formas de apostolado más auténticas para promover la gloria de Dios, lejos de las puerilidades vanidosas y tontas de otros tiempos”.

Hemos leído *La frontera de Dios*, y al terminar su lectura hubiéramos deseado que se cumplieran en ella los deseos del docto agustino. Mas mucho nos tememos que no se consigan. Tal vez porque en sí no sea más que — según ha dicho el mismo Descalzo — “un intento de novela católica”.

Seguramente que ni el propio autor se encuentra satisfecho de su primera novela larga y seria. Técnica y literariamente está escrita con bastante descuido. Muy de prisa. Como si tuviera contados los días para presentarla al “Nadal”. Y luego que es, a todas las luces, *tremendista* y trágica. Los que hemos nacido en un pueblo de Castilla — de esta Castilla pobretona, pero noble y sufrida — sabemos que en él residen el clásico cacique y beata bobalicona; el pícaro rufián y la mujer desvergonzada...; mas, sinceramente, no creemos que “Torre” — el pueblo donde se desarrollan las escenas de la novela — lo quieran para sí nuestros paisanos. Son demasiados “tarados” y demasiados “malones” y demasiadas “mujeres de mala vida”.

Nosotros, creyendo sinceramente que se trata de un auténtico valor literario, esperamos grandes cosas de Martín Descalzo. Pero debe cuidar mucho el estilo y no dejarse llevar de influencias extrañas, pues posee talento y dotes más que sobrados para darnos algo muy suyo y personal. Lo que,

sinceramente, no vemos en *La frontera de Dios*.

Que pueden esperarse cosas buenas de Descalzo, claramente se deja ver en esos personajes — los mejores, sin duda, de la novela —: Don Macario; Renato, el guardavías; Don José Antonio y María Belén, aunque a excepción del pequeño ángel azul y deforme, ninguno nos convence del todo. Como no nos convence la obra en general, toda vez que apenas si se nos ofrece algo puro y bueno en contraposición a tanta carroña y “porquería” como nos ofrece el pueblo de “Torre”.

*La frontera de Dios* es dura, cruel y valiente. Fustiga con fuertes trallazos al catolicismo actual y hasta se mete con los curas... Muy bueno todo ello; pero que no debe ser leído por personas que carezcan de la suficiente formación religiosa para poder pensar que no todos los curas son como don Macario. Y desgraciadamente el pueblo español, en su gran mayoría, no está lo suficientemente preparado y mucho menos formado para afrontar tales problemas.

De ello no tiene la culpa Descalzo; pero habrá que tener estas cosas en cuenta para que el libro no caiga en cualquier mano. Y nunca en las de menores.

Lo mejor de la novela: su idea central: Dios. Dios como personaje. Y sus figuras y símbolos. Justamente lo que no van a comprender la mayoría de los lectores: Renato — el renacido —, un tanto extraño y raro y misterioso, y un mucho bíblico y profeta de la Antigua Ley. La lluvia; la ansiada lluvia que no llega, sólo cuando Renato muere. La pipa del “tío Lucas”, que se apaga y enciende según los momentos de fe y de esperanza, o de desesperación por que atraviesan los moradores de “Torre”. La pequeña María Belén... El mismo Don Macario, el cura adocenado, que también plantea su problema al tiempo de morir (*hay frases suyas que no admitimos tratando de elegir entre cielo e infierno, porque son absurdos los que proponen*), y que se reconoce vacío de buenas obras y vacío de amor de Dios...

En fin, que a Martín Descalzo le espera una tarea ardua y difícil, de depuración. Porque al que vale se le puede exigir, esperando no nos defraude en sus próximos escritos.

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

Agustino

## Barrabás

En el *Barrabás*, de Pár Lagerwist, sin ninguna explicación razonable, el misterio del destino humano se desenvuelve algo así como bajo el signo de la oscuridad. Creemos que no lo decimos porque sí. Barrabás, antes que el buen ladrón, pudo medir el abismo de inocencia de Jesús Crucificado en aquellos momentos terribles en los que la multitud, instigada por los fariseos y sacerdotes, clamaba violentamente por la liberación de Barrabás y la muerte de Jesús. Tuvo también más tiempo para arrepentirse de sus culpas, puesto que, en la pura ficción literaria del autor, Barrabás sobrevive todavía a la muerte de Jesús durante bastantes años. Sin embargo, puede decirse que la gracia de Dios resbaló en su piel hecha de escamas apenas sin dejar huellas. La visión de ese hombre, atenazado sin remedio a su escepticismo, a su falta de fe, es una visión deprimente y lamentable, una visión que produce escalofríos, y que se nos ofrece en un tono amargo, cansino, reiterativo, sin otro porqué que un extraño sino indescifrable. La gracia parece perseguir demasiado de cerca a ese Barrabás para que no cause un vivo desaliento en el lector medio su palpable impotencia.

Tal vez esa aparente impotencia de la gracia, esa sequedad de alma de

Barrabás, tenga una explicación en la contextura ínfima del personaje, arbitrariamente creado, más que en el misterio del destino humano al que parece acogerse el autor. Barrabás, es cierto, con sus ojos hundidos en las órbitas como “si la mirada hubiera querido esconderse”, contempló de cerca el misterio del extraño juicio y de la injusta muerte del Salvador, y también vió de cerca la vida de las primitivas comunidades cristianas. Mas el cristianismo que el autor le hace contemplar es un cristianismo a medias, algo así como un cristianismo del que, en frase de hoy, podría decirse que no tenía más misión que la de elevar las clases proletarias. Barrabás, según la creación de Pár Lagerwist, había sentido el misterioso llamamiento, como si fuese la única voz del Crucificado, de “amaos los unos a los otros”. Un llamamiento, en definitiva, de solidaridad humana, de consuelo para todos los pobres, de esperanza para todos los desgraciados. Un llamamiento ciertamente noble, pero que necesita ser bien entendido y que no llega a la mitad del Decálogo, puesto que todo el Decálogo completo se encierra en el doble mandamiento de “amarás a Dios sobre todas las cosas y al hombre como a ti mismo, por amor de Dios”.

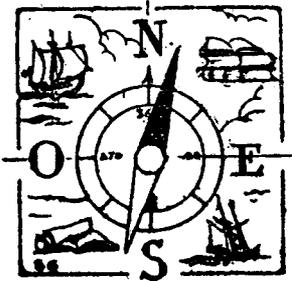
Esa concepción esencialmente mutilada del Cristianismo, que impresionó la retina de Barrabás, puede considerarse como originariamente deforme y demasiado terrenal para levantar sobre ella el edificio de ninguna conversión. Jesucristo mismo, en su predicación, la había denunciado como algo que mal entendido era no tan solamente inoperante e ineficaz, sino que podía conducir por caminos de perdición: “el que ama a su padre o a su madre más que a Mí, éste no me ama”. El humanismo a ultranza, el humanismo en el que el hombre es la medida y escala de los demás valores, conduce por los caminos de la lógica a ese escepticismo que se alberga en el corazón sin fibras de Barrabás y que el autor atribuye a un misterioso destino. Porque ¿qué sentido definitivo tiene el ideal del amor al prójimo si no anda de por medio el amor de Dios, el deseo sobrenatural de seguir las pisadas de Aquel que pasó por el camino de la vida derramando el bien a manos llenas y sin mirar la índole ni la calidad de las personas?

La historia, en sus líneas fundamentales, parece confirmarlo. El humanismo a ras de tierra, desprovisto de su sabor sobrenatural, es un humanismo que en unas ocasiones conduce a ese modo de mirar sin fijar la vista que parece ser el secreto de la mirada de Barrabás y es el principio de todos los escepticismos, y en otras al esclavismo y a la persecución del hombre en nombre del amor del hombre. Las doctrinas socialistas se han difundido modernamente bajo las apariencias de un humanismo en el que la sangre se ha vertido abundantemente.

Hasta ahora, prescindiendo deliberadamente de consideraciones dogmáticas, puede sostenerse desde un punto de vista estrictamente empírico que solamente existe un humanismo capaz de elevar al hombre y de convertirle en una candela capaz de consumirse en el amor de su prójimo. Es el humanismo sobrenatural, el humanismo de los santos, el humanismo de aquellos que saben amar al hombre en la misma fuerza y medida que abominan del pecado; no el humanismo de los que pretenden salvar al pecado y al hombre a la vez.

El Barrabás que nos presenta Pár Lagerwist, aparte de ser una pura ficción literaria, es un Barrabás desdichado, miserablemente trágico, al que el autor ha encadenado con más lógica de lo que se cree a un destino siniestro. Un hombre así, con todos sus antecedentes, un bandido al que no se ofrece otra tabla de salvación que un amor humano, y que de rechazo, como una y otra vez dice el autor, es mal visto de los primitivos

(Termina en la pág. 124)



DE LA QUINCENA POLITICA

## LEYENDO Y BRUJULEANDO

Firma de los Tratados del Mercado Común y del Euratom - Catalanes, «catalanistas», «separatistas» - Si perdiéramos esta oportunidad, sería el declive de Europa... - El Mercado Común y los «trusts» internacionales ¿HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA? - Tratados «laberínticos» «Una meta institucional»

Del 21 al 25 de marzo

FIRMA DE LOS TRATADOS DEL MERCADO COMÚN Y DEL EURATOM

A las seis de la tarde del día 25, han sido firmados en Roma los Tratados del Mercado Común Europeo y del Euratom por los representantes de la Alemania Occidental (canciller Adenauer, que fué el primero en firmar), de Francia (ministro de Asuntos Exteriores, Christian Pineau), de Italia (ministro de Asuntos Exteriores, Gaetano Martino) y de Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos, por los que igualmente firmaron sus respectivos ministros de Asun-

tos Exteriores, Paul-Henri Spaak, Joseph Bech y Joseph M. Luns.

«Los países que forman parte del Mercado Común y del Euratom — explica *Arriba*, de Madrid — tienen una extensión total de 1.152.000 kilómetros cuadrados y una población de 161.281.000 personas. A través del Tratado del Mercado Común las seis naciones tratarán de eliminar los aranceles de Aduanas, los contingentes comerciales, las primas de exportación y trabas para el comercio libre. Al mismo tiempo fijarán aranceles comunes para sus relaciones comerciales con el resto del mundo. Estará regido por un Consejo de Ministros, una Comisión Permanente de Control y un Tribunal de Justicia. Representantes de los Parlamentos de los seis países se reunirán periódicamente, constituidos en organismo asesor, para tratar de cuestiones que afecten al nuevo Mercado, al Euratom y a la Comunidad del Carbón y del Acero.

«Por medio del Tratado del Euratom, los seis países adquirirán los materiales nucleares que necesiten, construirán reactores propios y distribuirán la energía nuclear a los organismos técnicos correspondientes.

«Para financiar los gastos del Mercado Común se crea el Banco de Inversiones Europeas, que comenzará con un capital equivalente a mil millones de dólares; el fondo europeo para instrucción profesional y el fondo de inversiones en el exterior, con un capital equivalente a 581 millones de dólares».

CATALANES, «CATALANISTAS», «SEPARATISTAS»

Sobre estos conceptos ha publicado el propio diario *Arriba* un artículo sin firma al que corresponden estos fragmentos:

«El catalanismo es muy diferente al separatismo. El catalanismo es una exacerbación sentimental. El catalán es un sentimental de tomo y lomo que se extasia escuchando el «Virolai» o «El emigrant», o «La mort de l'escolà»; que tiene una música y una danza popular muy sencilla (*sic*), la sardana, que reputa como la danza más bella, que se hace y deshace. Un catalán, incluso cuando piensa en política, tiene el legítimo orgullo de soñar la «Gran Cataluña», desde Valencia al Languedoc, y cree, sinceramente, que los destinos de España hubieran sido más amplios con una hegemonía catalanoaragonesa que con la castellana. Es decir, que piensa en España como proyección, que ama a España y que quisiera haber realizado él la unión que logró Castilla.

«Un separatista es el que se aprovecha del sentimentalismo de las masas para producir una escisión, que ya no piensa en la hegemonía de lo catalán dentro de lo español, sino en la divisoria entre una cosa y otra. La dificultad para distinguirlos nace de que el separatista se disfraza de catalanista. Es una minoría agresiva que confunde y destroza no pocas cosas bellas. Tiene diferente bandera: la catalanista son las cuatro clásicas barras; la separatista tiene, sobre las barras, un triángulo y una estrella...

«Hay que meditar seriamente antes de ofender a nadie con ofensas gratuitas. Sería necesario, incluso, que nos cortáramos una mano antes de ofender a un inocente. Los castellanos, antes de pensar que los catalanes pueden ser menos españoles que ellos; los catalanes, antes de pensar que ellos son superiores a los demás españoles. En ambas facetas he escuchado enjundiosas peroratas, tan manidas como fuera de lugar. Todos

somos prismas de un mismo diamante. España es un crisol de voluntades, Cataluña una responsabilidad y Castilla una unión...

«Conozcamos nuestros signos, nuestras sangres mezcladas. No llevemos a nuestros hijos nuestros antiguos delitos. La ignorancia nunca ha sido buena compañía. Conocerse es saber... Lo que hemos hecho es raramente conocernos. Tenemos la noción de lo individual tan metida en la sangre, que la llevamos más allá de su proyección natural. Éste es el peligro. El peligro de los tópicos, de las generalizaciones. La generalización tiene de equivocada que carga siempre sobre los no culpables, sobre los que no la necesitan, que son las que la

### NOTICIAS SIN IMPORTANCIA...

Por un acuerdo firmado el día 2 del corriente en Rabat, los Estados Unidos concederán una ayuda de 20 millones de dólares al Gobierno de Marruecos.

\*\*\*

En 1955, los Estados Unidos poseerán treinta reactores generadores de corriente eléctrica. Una de las realizaciones más importantes logradas en este aspecto, se halla en los laboratorios de Shippüport (Pensylvania), que en el próximo verano producirá 65.000 kilovatios para fines industriales.

\*\*\*

Cuando en septiembre de 1843 la reina Victoria de Inglaterra hizo su primer viaje a Francia, en la Ópera de París se cantaba «El Carlos VI», de Halevy. Todas las noches el público aplaudía el coro de soldados y cortesanos:

«Non, non jamais en France, jamais l'Angleterre ne régnera.»

Inútil es recordar que la reina Victoria no estuvo, entonces, en París.

\*\*\*



\*\*\*

Como consecuencia del viaje del canciller Adenauer a Teherán, la Alemania Occidental ha concedido al Irán un primer crédito de 150 millones de marcos.

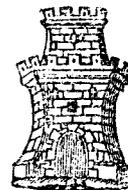
### LO QUE DICEN LOS DEMAS

El general alemán Speidel ha tomado posesión, en Fontainebleau, de su cargo de jefe de las fuerzas terrestres de la NATO en la Europa Central. «Esta designación, comenta el «New York Times», representa un nuevo impulso a la unificación europea, en la cual Alemania ha de jugar un importante papel.»

\*\*\*

Ha aparecido en París un libro sobre el músico ruso Prokofiev, que en 1933 regresó a la Unión Soviética, donde murió en marzo de 1953. Prokofiev fué autor del «Homenaje a Stalin». También compuso «Pedro y el lobo».

\*\*\*



\*\*\*

Lanza del Vasto y dos de sus «discípulos» comenzaron en París el día primero un ayuno público de veinte días en señal de protesta contra los malos tratos atribuidos a los franceses en Argelia.

\*\*\*

La Unión Europea de Federalistas ha hecho público un comunicado en el que afirma que los acuerdos del Mercado Común y el Euratom suponen un retroceso en el camino hacia la unidad europea.

## Nuevas normas sobre misas vespertinas y ayuno eucarístico

MOTU PROPRIO DE SU SANTIDAD PIO XII POR EL QUE SE AMPLIAN LAS CONCESIONES HECHAS EN LA CONSTITUCION APOSTOLICA «CHRISTUS DOMINUS»

En los primeros días de 1953 (6 de enero) promulgamos la constitución apostólica «Christus Dominus», con la que mitigamos el rigor de la ley sobre el ayuno eucarístico para que los fieles pudiesen acercarse con mayor frecuencia a la mesa eucarística y cumplir más fácilmente el precepto de oír la santa misa en los días de fiesta. A tal fin concedimos a los Ordinarios de lugar la facultad de permitir la celebración de la misa y la distribución de la sagrada comunión en las horas vespertinas, con tal que se realizase bajo determinadas condiciones.

Redujimos el tiempo de ayuno a observar antes de la misa o sagrada comunión que fuese, respectivamente, celebrada o recibida después del mediodía a tres horas para los alimentos sólidos y a una hora para los líquidos no alcohólicos.

Los Obispos han manifestado su profunda gratitud por estas concesiones que habían producido abundantes frutos, y muchos nos han rogado insistentemente que les autorizásemos para permitir a diario la celebración de la misa en las horas posmeridianas, en vista del gran provecho que de ello obtendrían los fieles.

Nos han rogado, además, establecer una duración igual del ayuno a observar antes de la misa o sagrada comunión que, respectivamente, se celebre o reciba antes del mediodía.

Nos, atendidos los considerables cambios que se han realizado en la ordenación de los trabajos y oficinas públicas y en toda la vida social, hemos creído conveniente acceder a las insistentes demandas de los Obispos, y por ello hemos decretado:

1. Los Ordinarios de lugar, excluidos los Vicarios generales sin mandato especial, pueden permitir a diario la celebración de la santa misa en las horas posmeridianas, con tal que el bien espiritual de un considerable número de fieles así lo aconseje.

2. Los sacerdotes y los fieles vienen obligados a abstenerse durante tres horas antes de la misa o de la sagrada comunión, respectivamente, de alimentos sólidos y de bebidas alcohólicas, y durante una hora, de bebidas no alcohólicas; el agua no rompe el ayuno.

3. De ahora en adelante deberán observar el ayuno durante el tiempo señalado en el número 2, incluso aquellos que celebran o reciben la sagrada comunión a medianoche o en las primeras horas del día.

4. Los enfermos, incluso los que no guarden cama, pueden tomar bebidas no alcohólicas y verdaderas y propias medicinas, tanto líquidas como sólidas, antes de la misa o de la comunión, respectivamente, sin limitación de tiempo.

Exhortamos, sin embargo, vivamente a los sacerdotes y a los fieles que estén en condiciones de hacerlo a observar antes de la misa o de la sagrada comunión la vieja y venerable forma del ayuno eucarístico.

Por último, todos aquellos que gozaran de estas concesiones cuiden, en la medida de sus fuerzas, de corresponder al beneficio recibido con brillantes ejemplos de vida cristiana y principalmente con obras de penitencia y caridad.

Las disposiciones de este «motu proprio» entrarán en vigor el 25 de marzo de 1957, fiesta de la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María.

Sin que obste en contrario cualquier otra disposición, aunque digna de especial mención.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo, festividad de San José, Patrono de la Iglesia universal, de 1957, decimonono de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

sufren. La política en una noble función humana que no debiera admitir las generalizaciones. Como la de involucrar catalanismo y separatismo."

### Del 26 al 31 de marzo

SI PERDIÉRAMOS ESTA OPORTUNIDAD, SERÍA EL DECLIVE DE EUROPA...

Comentando la firma de los acuerdos adoptados en Roma, el ex jefe del Gobierno italiano, Pella, escribe en *Il Quotidiano*:

"Después de ser firmados por los Gobiernos, los Tratados deberán ser ratificados por los Parlamentos nacionales. En algunos países la batalla será dura.

"Estos Tratados representan un paso decisivo hacia la unificación europea. Si perdiéramos esta gran oportunidad, que ha estado sometida a variables altas y bajas de optimismo y desilusión en los pasados años, veremos ponerse el sol de una gran esperanza y sería el declive de Europa...

"Las esperanzas de los pueblos caerían por tierra. El duro trabajo de los grandes europeístas—De Gasperi, Schumann, Adenauer, Spaak—habría sido en vano. La palabra del Vicario de Cristo, que incesantemente ha pedido a los hombres responsables la construcción de la unidad europea, habría caído en terreno yermo."

### EL MERCADO COMÚN Y LOS "TRUSTS" INTERNACIONALES

*Il Messagero* advierte, por su parte, en un editorial, que los grandes financieros europeos pueden desvirtuar los propósitos del planteado Mercado Común al integrarse en grandes monopolios. Y puntualiza:

"Observadores autorizados se están haciendo la pregunta de si los grandes grupos productivos no creen quizá que ellos pueden penetrar en el Mercado Común bajo la protección de "trusts" internacionales que, posiblemente, ya están en estudio."

### ¿HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA?

El órgano del sanhedrín neoyorkino apunta hacia más tortuosos objetivos cuando afirma:

"Un hito en la historia de Europa y del mundo ha sido colocado cuando ayer fue firmado por los representantes de las seis naciones europeas los dos Tratados para la integración económica y atómica de sus respectivos países bajo una autorización supranacional como un paso hacia la constitución de los Estados Unidos de Europa."

### TRATADOS "LABERÍNTICOS"

Julián Cortés Cavanilles, desde Roma, escribe:

"A los actos de extraordinaria solemnidad que se han celebrado en Roma, con la ilusión generosa de iniciar una nueva era para esta Europa vieja y desintegrada, que se sueña unir políticamente y consolidar económicamente, no ha faltado más que el "aleluya" de las lenguas de bronce de tantos centenares de campanas de la Urbe. A este 25 de marzo de 1957 se le ha querido enmarcar en la Historia como acontecimiento de máxima categoría para el futuro europeo, y, por ello, la jornada—aunque triste, por la lluvia—ha sido de fiesta para los estudiantes que, pese a su condición de tales, difícilmente pueden comprender—ni siquiera los universitarios—qué representan en esencia el Euratom y el Mercado Común Europeo, cuyos Tratados acaban de ser firmados, a la caída de la tarde, en el más ilustre salón del mundo, por los seis ministros de Asuntos Exteriores de las naciones que componen la C.E.C.A., y que, por hoy, se contenta con llamarse "la pequeña Europa". Los dos grandes e imponentes documentos que instituyen la Comunidad Europea de la Energía Atómica o Euratom y la Comunidad Económica de Europa o Mercado Común, títulos vagos, con cenefas utópicas, resultan no fáciles en su comprensión y todavía menos en su hipotética aplicación, incluso a los expertos, ya que los recién nacidos Tratados son laberínticos hasta la enajenación mental, con sus 248 artículos y 22 anejos, el que se refiere al Mercado Común, y 255, más cinco adjuntos, los que tratan de reglamentar el de la energía atómica en el orden europeo. Y por si no fueran suficientes en sus vastas y complicadas

proporciones se añade una Convención o tercer Tratado complementario, que servirá por igual a ambas Comunidades."

### "UNA META INSTITUCIONAL"

Leemos en *Solidaridad Nacional* del día 30:

"Casi con la tinta fresca, acabo de leer el libro de José Luis de Arrese, *"Hacia una meta institucional"*. Que me perdone el director al dar a la crónica de hoy un poco de gato por liebre. Pero acaso no sea aventurado decir que la actualidad, es un libro, cuando este libro no se ciñe a lo literario o a lo imaginativo, sino a la problemática española sentida con honda sinceridad y vista con mente nítida...

"La obra de Arrese es una recopilación de sus últimos discursos y artículos, y tiene como característica no ser un revoltijo sin más orden que la cronología. El libro tiene el sentido que lógicamente se desprende de su nombre. Muchos de los trabajos que en él se incluyen son ya conocidos del público. Hay uno, sin embargo, que se da ahora a la luz pública por primera vez. Es el informe al Consejo Nacional sobre los anteproyectos de Leyes Fundamentales, y está fechado en Madrid el 29 de diciembre de 1956.

"El informe señala que los anteproyectos de Leyes Fundamentales proclaman unas rotundas afirmaciones. Interesa señalar la que Arrese sitúa en tercer lugar, lugar de sistema enumerativo solamente y que dice al pie de la letra:

"El régimen está fundado políticamente sobre la existencia de un Movimiento Nacional, por lo que se impone que la representación de la voluntad política de los españoles se canalice a través de ese Movimiento más o menos reformado.

"Esto no quiere decir partido único, porque también está dicho desde hace muchos años que dentro de un Movimiento tal como el que estamos concibiendo, caben grupos y tendencias políticas."

"Creo que lo que antecede les dará una idea limitada pero suficientemente sugestiva para que anoten en sus lecturas este libro."

JOSÉ-ORIOI, CUFFÉ CANADELL  
Shchar Yashub



## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

*Envío de su autor*

VENGANZA DE MÁRTIR, por el Hno. ANICETO JOAQUÍN, F. S. C. (El Viso) Madrid.

La venerada y gloriosa institución de los Hermanos de las Escuelas Cristianas sufrió durante la época del terror rojo en nuestra patria tremenda persecución, siendo martirizados 168 de sus escogidos miembros en aquellos años de 1934 a 1939. El Hermano ANICETO JOAQUÍN ha recogido con emocionado respeto en sus escritos los hechos conmovedores y edificantes a que dieron lugar aquellas impresionantes escenas y los ha publicado en recuerdo del heroísmo de los que ofrecieron su vida por Cristo y para que sirva de edificación a los cristianos. Y así, los lectores de CRISTIANDAD han tenido ocasión de leer, en el núm. 297 de la revista, el artículo "Nuestros Mártires", en que se hace de uno de sus libros que lleva este título, el más caluroso y merecido elogio. Los episodios allí narrados tuvieron por escenario la capital de España y sus proximidades.

El libro que hoy nos ocupa lleva ya dos ediciones distribuidas y el director de la Compañía Artística "La Salle", de Madrid, Antonio de Jaén, ha basado en su relato el guión de la película que lleva el mismo título, "Venganza de Mártir", y que tan solicitada ha sido en salas y Colegios. Destaca esta breve pero vibrante biografía, de entre algunos hechos análogos a los sucedidos en Madrid, pero que tuvieron por escenario la región catalana, el marti-

rio, nimbado de hechos prodigiosos, de Manuel Barbal Cosán, en religión Hermano Jaime Hilario, cuyo proceso de beatificación se está siguiendo en Roma.

Alguien ha dicho, con verdad que, salvo muy raras excepciones, los mártires no se improvisan. Una vida fecunda en actos de pequeñas, pero frecuentes renunciaciones, que exige de todos y cada uno la fidelidad a la gracia, hubo de preparar sus almas para la fortaleza del mártir, don precioso entre los grandes que el Señor otorga a veces a sus privilegiados. Así fué el Hermano Jaime Hilario. Y en esta biografía se descubren los rasgos más salientes de su recia espiritualidad. Dura debió hacerse la prueba cuando una progresiva sordera le obligó a renunciar a lo que había sido su soñada vocación: la enseñanza religiosa de los jóvenes, para la que poseía excelentes dotes de eximio educador. Orientadas sus actividades a otro apostolado, el de la pluma, vió su esfuerzo galardonado en certámenes nacionales y extranjeros. Pero los días de su vida estaban contados. Estallada la revolución roja y tras de una salvaje persecución que culminó en el Juicio Público ante un "Tribunal Popular" carnavalesco, compuesto por los "camaradas Jueces", que le condenó a muerte, fué conducido frente a un piquete de milicianos, los cuales, asombrados ante lo inusitado de los hechos que se produjeron en el momento de la ejecución, huyeron espantados gritando: ¡Milagro! ¡Milagro!

La conversión del jefe de la banda que le disparó a quemarropa, pone un sello especial de grandeza y de santidad a este relato, digno de ser de todos conocido.

M. L. A.

# LA CRUZADA DE OCCIDENTE

ESCRITOS POLITICOS  
ENVIO A NAVARRA  
por Eduardo Conde

VICTORIA ALIADA, YALTA, PROBLEMA ASIATICO, LA O. N. U.

50 pesetas

FOLLETOS PUBLICADOS ANTERIORMENTE:

**La conjura revolucionaria del 14 de abril**

por José-Oriol CUFFI CANADELL y Pablo LOPEZ CASTELLOTE.

15 pesetas

**¿Espiritualidad nueva?**

por el Excmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Vicente ENRIQUE TARANCON.

25 pesetas

**En torno a Aranguren y la autocrítica**

por José RICART TORRENS, Pbro. / Prólogo del Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de Segorbe.

25 pesetas

Pídalos a su librero habitual o a «Publicaciones CRISTIANDAD»:

Diputación, 302, 2.º-Tel. 22 2446 - BARCELONA - Lauria, 15, 3.º - Tel. 31 11 66

¿POR QUÉ

## "EL JABON LA TOJA"

ES «UNICO EN EL MUNDO»?  
...PORQUE  
CONTIENE LAS SALES

de sus mundialmente famosos manantiales de gran poder radiactivo que purifican, rejuvenecen y suavizan la piel, proporcionándole lozanía, tersura y eterna juventud. Confíe su piel a la maravillosa espuma del jabón «LA TOJA»

S. A. «LA TOJA»  
LA TOJA  
PONTEVEDRA



En su viaje a Mallorca visite las

## *Cuevas de Artá*

Una maravilla entre maravillas

P  
U  
R  
O  
S  
  
C  
A  
P  
O  
T  
E



P  
U  
R  
O  
S  
  
C  
A  
P  
O  
T  
E

Relojería

# GUILLEN

Nombre Registrado

BRUCH, 84  
C. CIENTO, 387  
TELEF. 22 39 83  
BARCELONA

## Trenzas y Cables de Acero

SOCIEDAD ANONIMA

BARCELONA  
Paseo de Gracia, 7

MADRID  
Edificio «España»

Anúnciese Vd. en

## CRISTIANDAD

## Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas

Badajoz, 112

BARCELONA